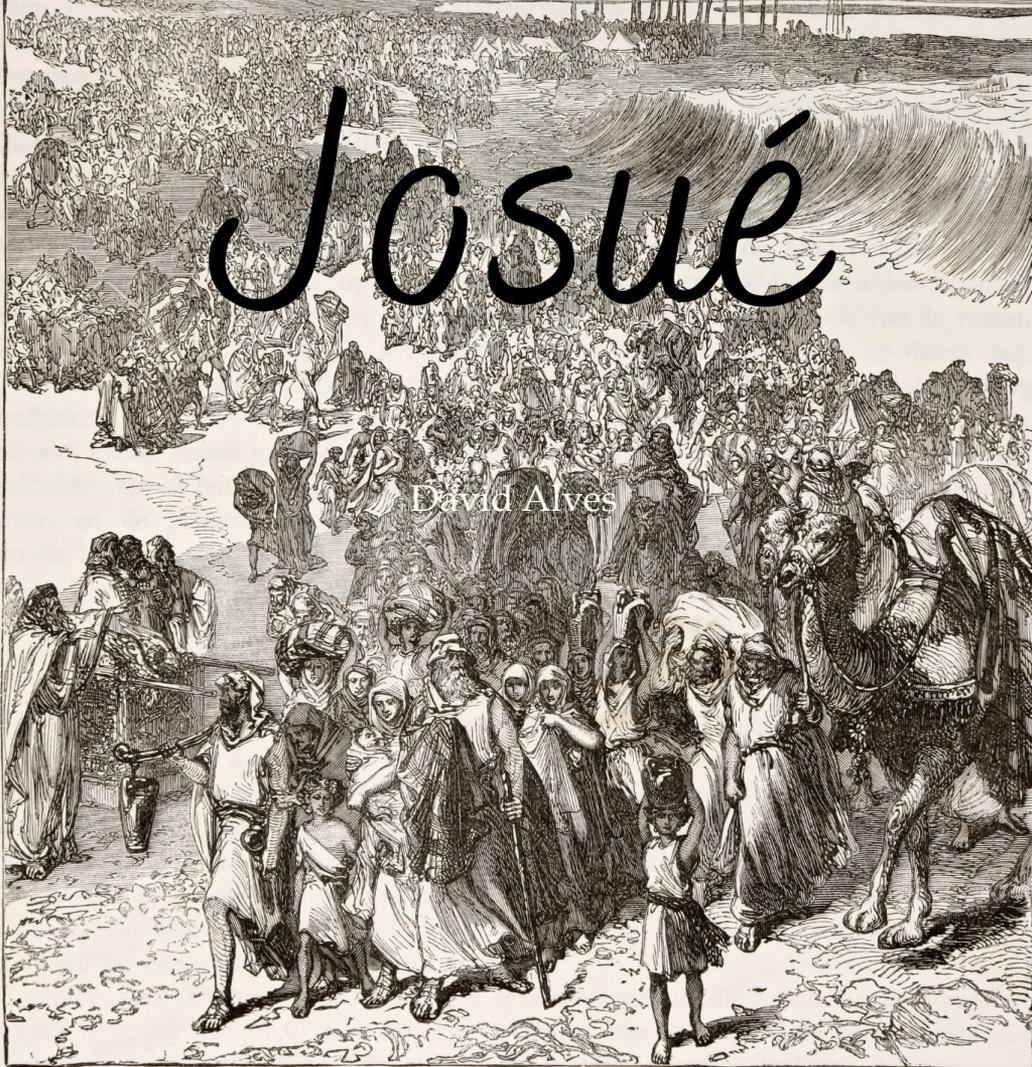


# Cristo en Toda la Biblia:

# Josué

David Alves



DE ISRAËLIETEN TREKKEN OVER DE JORDAAN.

© Prensa Acacia 2022

Prensa Acacia

Emiliano Zapata Campeche, México

[www.graciamasgracia.com](http://www.graciamasgracia.com)

CRISTO EN TODA LA  
BIBLIA:

JOSUÉ

David Alves, hijo





## PREFACIO

Habiendo visto a Jesús en el Pentateuco, ahora comenzaremos a mirarlo en los libros históricos del Antiguo Testamento. Iniciaremos con el libro de Josué, y con la ayuda del Espíritu, iremos considerando cada uno de los libros históricos, hasta llegar al libro de Ester. Este es el propósito de los libros titulados “Cristo en Toda la Biblia”. El deseo es tomar como algo literal que todas las Escrituras nos hablan de Cristo Jesús. Estamos convencidos de que toda la Palabra de Dios da testimonio de Él (Jn. 5:39). El libro de Josué no es la excepción.

El sexto libro de la Palabra de Dios está lleno de Jesucristo. Mucho de lo que tiene que ver con su principal personaje, se puede relacionar de una o de otra manera con el Salvador de nuestras almas. Aún el nombre mismo de Josué transporta nuestras mentes a pensar en el maravilloso nombre de Jesús que le fue dado en Su nacimiento al bendito Hijo de Dios. De igual manera, ¿cómo no ver a Cristo en la salvación de Rahab la ramera; en el cruce del río Jordán; en la revelación del pecado de Acán; en el sol y la luna siendo detenidos; y en muchas otras porciones más?

A pesar de que en la última parte del libro de Josué, se mencionan decenas y decenas de nombres de lugares al repartirse la Tierra Prometida a cada una de las tribus, aún en eso vemos un aspecto muy llamativo de Cristo Jesús. Josué nos prefigura a Cristo como aquél quien nos ha hecho posible disfrutar nuestra herencia. Para Israel, su herencia fue el territorio que Dios les asignó; para nosotros, nuestra

herencia son todas las bendiciones que tenemos en el Señor Jesús.

Mi anhelo es que al leer este libro, tu entendimiento de Cristo se expanda para que tu corazón se llene de adoración para el Cordero que fue inmolado por nuestros pecados.

David Alves hijo  
Emiliano Zapata  
Campeche, México

29 de Diciembre de 2022

# EL SIERVO Y LA LEY DE DIOS

*Josué 1:1-18*

Moisés ya murió. Ahora es tiempo para que Josué hiciera entrar a Israel a la tierra santa. Al ir viendo el libro de Josué, vamos a notar varias maneras en las que Josué es figura de nuestro Señor. Aún en su nombre, vemos a Cristo. El nombre Josué en hebreo es "Jehoshua". El nombre de Jesús es el equivalente al nombre de origen hebreo "Jeshua". ¿Si ves lo similar que son? Jehoshua y Jeshua. Tienen exactamente el mismo significado. Ambos significan: "Jehová es salvación".

Al ver a Josué entrando a Canaán y ganando un gran número de batallas, nuestras mentes deberán pensar en Cristo nuestro Salvador. Damos gracias a Dios por el que nació en la humildad de un establo que su nombre sería Jesús. Amamos las palabras del ángel de José sobre el significado de su nombre. "Llamarás su nombre Jesús porque él salvará a su pueblo de sus pecados." Josué salvó a Israel en varias batallas, pero hay un solo Salvador del mundo quien fue levantado por su Padre de la casa de David. La salvación de Josué no se compara con la de Cristo. Su participación solo fue para el pueblo de Israel y en cuanto a batallas terrenales. En cambio, la salvación de nuestro Señor es para toda persona y es pertinente a todo lo que es eterno.

Encontramos a Cristo en la experiencia de Josué cuando él tomó el lugar de Moisés. No fue él mismo quien se propuso a dicha posición de liderazgo, sino que fue Dios quien lo

llamó a cumplir esta responsabilidad. Le mandó a que fuera él quien hiciera entrar a Israel a la tierra y que peleará las batallas al frente del pueblo para conquistar las naciones que ocupaban el territorio de ellos. Muchos otros fueron llamados por Dios a cumplir con un servicio específico para Dios, pero ninguno de ellos se compara con el llamado que hizo Jehová al llamar a su Hijo a hacer todo lo que hizo. Dios dijo en cuanto a esto: “He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones” (Isa. 42:1). Él es el Mesías o el Cristo porque Dios así lo determinó. El Padre tenía su voluntad en cuanto a la redención de la humanidad, todo en base a la vida, muerte y resurrección de Jesús; y él se sujetó cumpliendo en todo.

El capítulo 1 comienza hablando de Josué como el “servidor de Moisés”. Desde el Éxodo vemos que Josué fue el brazo derecho de Moisés hasta el día de su muerte. Josué a la diestra de Moisés, es una figura de Cristo sentado a la diestra de su Padre. Solo él podía tener ese honor. Después de morir y ascender al cielo, Dios lo exaltó al sentarlo a su mano derecha. “Se sentó a la diestra del trono de la majestad de las alturas” (Heb. 8:1). La diestra es el lugar de exaltación y de honra. No solo debe esto obtener nuestra admiración, pero también al considerar el hecho de que Cristo está sentado en el cielo. Los sacerdotes no podían sentarse en el tabernáculo o en el templo. Lo hizo Elí pero por su apatía y pereza. Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, él pudo sentarse porque terminó la gran obra de la redención. Llevó todos los pecados y triunfó sobre la muerte.

*Ni sangre hay, ni altar; cesó la ofrenda ya;*

*no sube llama ni humo hoy, ni más cordero habrá.*

*Empero ¡he aquí la sangre de Jesús,*

*que quita la maldad y al hombre da salud!*

– Horatius Bonar

Al comenzar Josué su servicio a Dios, se le pidió que hiciera algo para poder ser prosperado. No le reveló estrategias militares para ser exitoso. Le pidió más bien hacer tres cosas con su ley o con su palabra. Debía llevar siempre la ley en su boca, tenía que meditar en la ley de día y de noche y era su obligación obedecer lo que la ley decía. Cuando vemos lo exitoso que fue Josué, llegamos a la conclusión de que él obedeció a Dios en cuanto a esto. Fue un hombre que se tomó la ley con seriedad. Habrá sido lo que más le atraía. Esto es un débil destello de otro Siervo que anheló oír y obedecer la palabra de Dios como nadie más. El Señor Jesucristo llevaba siempre la palabra de su Padre en boca. Siempre hablaba lo que estaba escrito en la ley. Siempre meditaba en lo que la ley decía. Siempre obedeció lo que le pedía la ley. El profeta dijo acerca de él: “Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios” (Isa. 50:4). Es precioso meditar en la relación que hay entre el Siervo de Jehová y su bendita palabra.

Después de que Josué fue elegido como el sucesor de

Moisés, él comenzó a dar ordenes en el pueblo. Los israelitas respondieron favorablemente al asegurarle a Josué que ellos harían todo lo que él les había mandado. Aceptaron su liderazgo y autoridad. Se pusieron bajo su mando y se sujetaron a él. ¿No vemos aquí el señorío de nuestro Amado Señor? Él nos salvó, y desde entonces es nuestro Señor, y esto nos lleva a querer rendirnos ante él continuamente. Nuestro deseo es obedecerle, cumplir lo que él nos pide y reconocerle a él como el más sublime de todos. El que derramó su sangre por nosotros ha ganado nuestro corazón y sentimos que nos debemos enteramente a él. Todos los días deberíamos preguntar como lo hizo Saulo de Tarso: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?”. No solo le reconocemos como Señor y le servimos, pero también le adoramos y le rendimos toda la alabanza que él solo merece.

# LA CONVERSIÓN DE UNA RAMERA

*Josué 2:1-24*

El interés de Dios en los perdidos sobrepasa cualquier otra cosa que pueda llevarse a cabo en esta su tierra. Puede estar a punto de conquistar para su amado pueblo, toda una tierra poblada por varias naciones poderosas, incluyendo pueblos de gigantes, pero hay algo que nos comunica antes que todo eso.

¿Qué puede ser más importante que toda una serie de triunfos militares? Triunfos morales. Esos son los triunfos en los que más se deleita Dios. ¿Cuáles son los triunfos morales? La salvación de los perdidos, descarriados y condenados. Antes de contarnos sobre la conquista de Jericó, Hai, Jerusalén, Hebrón, Jarmut, y todos los demás lugares, nos cuenta la historia de su gracia en la vida de una ramera.

Todos los que nos hemos apropiado de Cristo como nuestro único Salvador, somos un triunfo moral para la gloria de Dios. Todos llegamos al Señor con trasfondos distintos, pero todos de la misma manera: solo por gracia y solo por fe. Puede que nuestras historias de salvación varíen en algunos detalles que realmente no importan, pero en cada una de ellas concuerdan que estábamos perdidos en la maldad, hasta que fuimos rescatados por el bendito Hijo de Dios por medio de su muerte y resurrección. Esto lo podemos meditar al ver la figura de Josué y su impacto en la vida de Rahab.

La inescrutable gracia de Dios en la vida de Rahab es vista de muchas maneras. Todo lo que concierne su persona, vida y salvación, se ve directamente afectada por la gracia del gran Dios al que se convirtió. Era ramera, pero halló gracia. Era gentil, pero halló gracia. Era idólatra, pero halló gracia. Ese es el Dios a quien adoramos. No hay pecador ni pecado fuera de su alcance. Nos halla tal y dónde estamos y nos recibe tal y como estamos. No hay como él, y por eso le adoramos.

Como Rahab, nosotros hemos dado testimonio de nuestra fe en Jesucristo y manifestamos el cambio que él ha hecho en nuestras vidas. Al llegar los espías a su casa, ella les contó cómo había escuchado del poder de Dios al permitir que Israel cruzara el Mar Rojo y que derrotaran a los reyes Sihón y Og. El cruce del mar en lo seco, representa nuestro bautismo. Al creer en Cristo, morimos al pecado y comenzamos una nueva vida. El que colgó en la cruz y resucitó de entre los muertos; triunfó sobre el diablo, el mundo y el pecado, a nuestro favor. Así como Israel venció a esos reyes, y a muchos más, de igual manera nosotros podemos vencer a nuestros enemigos espirituales. En él somos más que vencedores (Rom. 8:37).

Ella dio testimonio de su conversión al único Dios vivo y verdadero, pero también hizo la petición a los espías de que la salvaran. Los espías fueron en representación de Josué. Es admirable que hayan ido en búsqueda de esta mujer pecadora. No fue casualidad que hayan llegado a su casa. Dios tenía en su mira a esta mujer impía que había creído en él. Josué aquí representa a Jesucristo quien vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Lc. 19:10). Rahab habiéndoles contado el triunfo moral que Dios llevó a cabo en su vida, les

suplicó que la salvarán. Ellos le aseguraron que eso harían, y que la señal sería un cordón de color grana, sería colgado en la ventana. Su rescate, la cual veremos con más detalle en el capítulo 6, nos hace pensar en nuestra salvación por medio de la sangre derramada del Cordero de Dios. Nosotros clamamos al Señor, y él también nos respondió, y nos salvó.

La historia de Rahab, es nuestra historia. El Dios de Rahab, es el Dios nuestro. A él adoramos, hoy y por todos los siglos, por lo que él ha hecho en nuestras vidas.

# EL CAPITAN EXALTADO QUE CONDUCE A TODAS LAS BENDICIONES

*Josué 3:1-17*

Josué, el siervo de Dios, había hablado de los tres días que tenían que esperar para poder cruzar el río Jordán. Ahora vemos a los oficiales dando instrucciones al cumplirse esos tres días. Josué hablando de tres días, nos hace pensar en Jesús también hablando de tres días. Israel tenía que esperar tres días para ver la victoria de Jehová a través del milagro que estaba apunto de realizar.

Jesucristo habló de los tres días que habrían entre su muerte sobre la cruz y su victoria sobre la muerte al resucitar con gran poder. Él habló de los tres días que estaría en el corazón de la tierra (Mt. 12:40); y de cómo podían destruir su cuerpo, el templo de Dios, pero que en tres días lo podía reedificar (Mr. 14:58). Por lo tanto, vemos cómo en la experiencia de Josué y de Jesús, los tres días representaban el poder y la victoria de Dios.

Los tres días que debían esperar los israelitas para poder cruzar, uno de los propósitos que tenía, era poder permitir que meditaran en lo que iba a suceder y en fijar sus miradas en el arca del pacto que iría por delante de ellos.

Esto debe recordarnos sobre la necesidad que tenemos de prepararnos antes de llegar al partimiento del pan. Dios quiere que nos preparemos espiritualmente y moralmente. Nosotros también tenemos que fijar nuestra mirada en el Señor para poder llegar preparados con una alabanza, una oración o una lectura. ¿Cuántos de nosotros no participamos, simplemente porque no nos hemos preparado? ¿Cuántos de nosotros participamos, pero lo hacemos sin realmente habernos preparado? Por eso es que repetimos lo mismo en nuestras oraciones, hacemos las mismas lecturas de siempre y pedimos los mismos himnos.

Al estar en la cena del Señor, debemos seguir con nuestra mirada enfocada en el Señor. Comer del pan y beber de la copa, sin estar contemplando a Cristo en nuestras mentes, es solo cumplir con dicho mandato de forma religiosa. Caemos en la rutina de hacer algo por hacerlo, y nos engañamos pensando que esto es agradable al Señor porque estamos cumpliendo con algo que nos pidió hacer. Disfrutemos la presencia de Cristo en nuestras vidas a lo largo de la semana, de tal manera que renovemos todo nuestro ser, y hagamos todo con una devoción genuina y fresca.

Israel tuvo que santificarse para poder pasar por el río. Tuvieron que prepararse moralmente también. La misma encomienda tenemos nosotros. Todos nos empeñamos en hacer memoria de Jesús, pero seamos honestos, ¿cuántos de nosotros nos examinamos antes de llegar a dicha reunión? Nos llama mucho la atención la parte que dice: “Hagan esto en memoria de mí”, pero la realidad es que no nos gusta tanto la parte que dice: “Examínese cada uno a sí mismo”. Llegamos con pecado no confesado al Señor y comemos del pan y bebemos de la copa de manera indigna. En un sentido

figurativo, aprovechemos los “tres días” que tenemos, y hagamos los preparativos para participar del partimiento del pan de una manera que sea satisfactoria para el Señor.

El arca de la alianza era el enfoque de los hebreos al atravesar el río. Josué exhortó a todos a mirar el arca donde moraba Dios. Esto se parece mucho a lo que ocurrió 1,400 años después, cuando Jesús iba pasando por el río Jordán, y Juan dijo de él: “Miren el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Juan el Bautista quería que todos lo miraran a él; y él también quiere que nosotros por fe le miremos a él.

Veamos también a Cristo cuando Dios le prometió a Josué que él lo engrandecería delante del pueblo. Le aseguró esto al decirle: “Comenzaré a engrandecerte delante de los ojos de todo Israel”. Al meditar en el Señor, pensamos en su humillación, pero también en su exaltación. “El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo” (Ef. 4:10). El que fue humillado a tal grado que sintió que era un gusano (Sal. 22:6), ha sido “coronado de honra y de gloria” (Heb. 2:9). Por toda la eternidad, nosotros magnificaremos a Jesús, quien ha sido exaltado hasta lo sumo por su Padre.

Concluamos viendo a Jesús en el cruce en sí del Jordán. Muchas de las bendiciones de Dios para Israel estaban relacionadas con la tierra que él les había dado. Para poder disfrutarlas, necesitaban cruzar milagrosamente el río, y así entrar a Canaán. Josué guiando a Israel al atravesar el Jordán, es figura de Cristo dándonos una nueva vida en la que podemos conquistar con su ayuda, todas las bendiciones que tenemos por su muerte y resurrección. El cruce del Mar Rojo, representa nuestra muerte al pecado y nuestra nueva

vida, al haber sido redimidos del pecado, como lo fue Israel de la esclavitud de Egipto. El cruce del Jordán, es el cristiano conquistando todas las bendiciones que están dispuestas para nosotros. Sigamos al que es mayor que Josué, y disfrutemos todo lo que él nos tiene preparado.

# PIEDRAS DE TESTIMONIO

*Josué 4:1-24*

El paso de los hebreos por el Jordán, no sería un evento olvidado. Se registraría este gran suceso en las Escrituras que permanecen eternamente; pero también se conmemoraría a través de un monumento que levantarían usando doce piedras. Jehová deseaba que las generaciones venideras aprendieron sobre este tremendo milagro. Iban a preguntar los hijos: “¿Qué significan estas piedras? La respuesta que recibirían sería: “Israel pasó en seco por este Jordán”. Estas doce piedras darían testimonio al poder y a la gracia de Dios. Al cruzar y al llegar a Gilgal, las doce piedras serían levantadas como un memorial.

El Señor también desea que nosotros testifiquemos acerca de sus maravillas en nuestras vidas. Él merece ser alabado siempre, y esta es una manera en la que podemos hacerlo, al testificar de las bendiciones que él ha permitido que recibamos. Debemos dar testimonio del glorioso hecho que él nos ha salvado. Debemos dar testimonio del mensaje más sublime que hemos aprendido y creído, que es el evangelio. Debemos dar testimonio de que nunca nos ha fallado y que nunca lo hará. Debemos dar testimonio que en cualquier momento él vendrá a llevarse a su amada esposa. Hay también otras dos maneras en las que podemos testificar acerca de sus proezas en nosotros.

Ya hemos notado anteriormente que el cruce del Mar Rojo, representa a Cristo redimiéndonos del pecado; y el cruce del río Jordán, representa a Cristo guiándonos a conquistar todas las bendiciones espirituales que él ha dispuesto para nosotros. El creyente que vive con su mente puesta sobre las cosas celestiales, también busca dar testimonio del Señor a través de lo que representa el bautismo y el partimiento del pan. El bautismo en sí lo podemos ver como realizándose en el cruce del Mar Rojo; pero en el cruce del río Jordán (1 Co. 10:2), vemos al pueblo de Dios disfrutando lo que significa. Lo mismo quiere el Señor para nosotros. No solo quiere que nos bauticemos, pero quiere que vivamos cada día conforme a lo que ese acto representa. El cristiano que desea entrar a Canaán y conquistar la tierra en un sentido espiritual al anhelar las bendiciones celestiales, desea vivir dignamente a la luz del partimiento del pan y el bautismo.

En la cena del Señor, damos testimonio de la muerte de Cristo. Pablo nos enseña esto. “Todas las veces que comieren este pan, y bebieren esta copa, la muerte del Señor anuncian hasta que él venga” (1 Co. 11:26). La palabra “anuncian” en el griego puede significar “declarar”, “promulgar”, “publicar”. Es la misma palabra que se usa en repetidas ocasiones para describir a los apóstoles de Dios predicando el evangelio en los lugares a donde fueron. Es una tremenda bendición que podamos anunciar la muerte de Jesús a través de la predicación pública de su palabra y al reunirnos para hacer memoria de él en la cena del Señor. No fallemos en nuestra contribución junto con los demás hermanos de anunciar mañana la muerte de Cristo.

Las piedras siendo levantadas después de que cruzaron el

río Jordán, también debe hacernos meditar, como ya hemos señalado, en lo que significa el testimonio que dimos y hemos seguido dando al bautizarnos. Pensemos en estas piedras y cómo fueron un constante recordatorio de este evento muy singular. De esta manera también debe ser nuestra consideración de nuestro bautismo. No debe ser algo que queda en el pasado y que deja de tener un impacto en nuestras vidas.

Debemos también tener un entendimiento adecuado de lo que representa este acto. No nos bautizamos para ser salvos. No nos bautizamos para ser más puros. No nos bautizamos para formar parte de una iglesia. Nos bautizamos mas bien, para identificarnos con Cristo en su muerte y en su resurrección. En pasajes como Romanos capítulo seis, aprendemos que el bautismo representa nuestra muerte al pecado, por medio de la muerte de Jesús; y nuestra nueva vida, por medio de la resurrección del Hijo de Dios. Pablo escribió en este pasaje: “Somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”. Nuestro deseo cada día debe ser hacer morir el pecado en nosotros y andar en nueva vida.

¿Sí ves como la experiencia del Mar Rojo y lo sucedido en el Jordán no podían quedar en el olvido? Dios deseaba que permanecieran constantemente en las memorias de los israelitas. No quería que olvidaran su rescate de Egipto ni el hecho de que habían sido introducidos a la Tierra Prometida. Como hijos de Dios que buscamos conquistar lo que Jesús nuestro Capitán nos ha dispuesto, vivamos de acuerdo a lo que representan las piedras y los memoriales espirituales que son vistos en el partimiento del pan y en el bautismo. Ya

no somos de Egipto. Estamos en una tierra nueva. En este nuevo entorno hay mucho por conquistar.

Dios no quiere que olvidemos nunca lo que él hizo por nosotros mediante el sacrificio de su precioso Hijo. Figurativamente hablando, nunca quitemos la mirada de las piedras. La obra de Jesús nos ha dado tanto. Nuestra obligación es darle todo a él, por todo lo que él ha hecho en nuestras vidas.

# RENOVACIÓN Y OBEDIENCIA ANTES DE LAS BATALLAS

*Josué 5:1-12*

Habiendo cruzado el Jordán, hubieron dos cosas que Dios deseó que hiciera su pueblo. Debían circuncidarse y debían celebrar la Pascua.

¿No era ahora el tiempo para ganar mil batallas y conquistar la tierra que llevaban desde los días de Abraham esperando poseerla?

No. Era el momento de renovarse y de obedecer.

La vida no siempre se trata de conquistar. Hay ocasiones en las que debemos detenernos para poder conquistar más efectivamente lo que el Señor tiene dispuesto para nosotros. No por culpa del que nos ha heredado, que es Cristo, o por la heredad en sí, que son todas las bendiciones espirituales; mas bien es por nuestra propia rebeldía.

Pensemos en Israel circuncidándose y comiendo la Pascua. Es entendible que hayan realizado la Pascua. Dios les había mandado que lo hicieran una vez por año. Esta sería la primera Pascua en Israel. Lo que llama la atención es que Josué haya tenido que mandar a circuncidar a todos los varones.

Dios había establecido claramente que cada israelita debía cumplir con este rito a los ocho días de nacido. ¿Por qué esta generación no lo había cumplido? Por desobediencia. Los cuarenta años errantes en el desierto fue un tiempo de desobediencia para toda la nación delante de Jehová.

Antes de poder participar de la Pascua y de pelear para conquistar su tierra, debían cumplir con la ordenanza de la circuncisión.

Al mandar Josué a que hicieran esto, él es una sombra de Jesús quien por su muerte y resurrección, ha logrado llevar a cabo en nosotros una circuncisión espiritual. Antes éramos esclavos a los apetitos de la carne. Estábamos dominados por esa naturaleza en nosotros que siempre se inclina hacia lo que es perverso ante Dios.

Nuestra carne espiritual fue cortada en el momento que creímos en el Salvador. Esta es la enseñanza del apóstol de Dios. “En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo; sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos” (Col. 2:11, 12).

¡Qué victoria ha traído la obra de Cristo a nuestras vidas! Su muerte resultó en que nosotros hayamos podido morir al pecado. Damos gracias a Dios por la nueva vida que tenemos en Cristo, como resultado también de su gloriosa resurrección. No es por el bautismo que esto sucede, sino mas bien, es en el bautismo que mostramos la simbología de lo que ha ocurrido en nosotros, gracias a la magna obra de

## Cristo en el Gólgota.

En este contexto, hay otra cosa con la que podemos relacionar la circuncisión con nuestro Señor. ¿Qué representaba la circuncisión para los israelitas? El pacto que Dios había hecho con ellos. En cierta manera estaban renovando su pacto con Dios al cortar su carne, al ser algo que habían dejado de hacer por tantos años. Nosotros también estamos en un pacto con

Dios, pero el nuestro es nuevo. Al beber de la copa podemos pensar en que la sangre de Jesús tuvo que ser derramada para que Dios efectuara este nuevo pacto con nosotros.

En cuanto a la celebración de la primera Pascua celebrada en Canaán, hay por lo menos dos cosas que podemos resaltar. La primera es que los israelitas y los extranjeros podían tener el privilegio de comer de la Pascua, con la condición de que estuviesen circuncidados. Antes de la conquista, debía haber obediencia. Hasta de recibir lo suyo, debían darle a Dios la parte que a él le correspondía.

La Pascua y los panes sin levadura para nosotros representan una vida redimida del pecado para vivir en santidad delante de Dios. Para poder experimentar esa vida, volvemos a lo que ya hemos considerado, necesitamos que nuestra carne ya no nos domine. Esto se hace posible cuando ponemos nuestra fe en Jesús y recibimos la circuncisión espiritual.

Lo otro que podemos ver en la Pascua, es que dice en este pasaje en el libro de Josué, que el día después comieron panes sin levadura y espigas nuevas tostadas. Estas espigas al ser nuevas nos hacen pensar en la resurrección de nuestro

Salvador. El Cordero que fue inmolado, esa sería la Pascua; es el mismo que retomó su vida poderosamente al tercer día, esa sería su resurrección. ¡Nuestro Salvador está vivo! ¡El Señor de gloria a quien adoramos vive!

Adoremos a Cristo Rey. Entendamos nuestra constante necesidad de renovarnos y de obedecer a nuestro Padre, para realmente ser agradables a él, y así poder conquistar nuestras bendiciones espirituales.

# PRÍNCIPE DEL EJÉRCITO DE JEHOVÁ

*Josué 5:13-15*

Josué, el capitán del ejército de Israel, estando cerca de Jericó; se encontró con quien comandaba realmente el ejército de Dios. Vio que había un varón delante él. ¡Este hombre era Cristo Jesús! Lo que el texto nos informa acerca de él, apunta a que no podía ser un hombre cualquiera o un ángel, sino que el Señor mismo. Hay varias ocasiones en el Antiguo Testamento que Jesús hizo apariciones aquí sobre la tierra. Antes de tomar cuerpo de hombre, él venía al mundo a cumplir con encomiendas de su Padre, y se regresaba al cielo.

En este caso, podemos distinguir que fue Cristo el que se le presentó a Josué, porque se describe su excelsa soberanía que nadie más puede poseer sino solo Dios. ¡Qué maravilla! Josué se encontró con Jesús. El que su nombre y su vida prefiguraron al Salvador del mundo, se encontró con aquél quien es la sustancia misma. El tipo y el anti-tipo se encontraron. El que introdujo a Israel a su reposo, se vio cara a cara con el que promete reposo a todo pecador que cree en él.

Lo primero que debemos notar es el lugar donde Josué se encontró con Jesús. Fue en Jericó, la primera ciudad que sería destruida en la conquista de Canaán. Esta ciudad

puede relacionarse con por lo menos tres aspectos del Señor. En primer lugar, nos habla de su poder. Esta gran ciudad bien amurallada la destruiría con toda facilidad sin tener que intervenir el ejército de Josué. En segundo lugar, esta ciudad representa la justicia de Dios. Al ser destruida, Josué maldijo a quien la reconstruyera (Jos. 6:26). Esto se cumplió durante el reino de Acab cuando Hiel reedificó la ciudad, esto le costó la vida de su hijo mayor y la de su hijo menor. Jericó también representa la inmensa gracia de Dios. Una prostituta gentil e idolatra llamada Rahab fue rescatada y 1,500 años después, Jesús le dio la vista al ciego Bartimeo. A pesar de la maldición puesta sobre Jericó, el Señor mostró su benevolencia a sus contornos en más de una ocasión. ¡Qué misericordioso es nuestro Señor!

Josué vio a Cristo con su espada desenvainada en su mano. Aquí vemos sin duda alguna quién era el que luchaba por Israel. Josué solo era un instrumento usado por Dios. El que realmente hacía una y otra vez victorioso a Israel, fue el Hijo de Dios. Vemos al Señor como el poderoso Vencedor y Campeón. Él siendo el Príncipe del ejército de Jehová resalta su poder y su honra. Lo que experimentó en la cruz no fue una derrota, ¡fue la victoria más asombrosa que jamás se ha visto! En esa cruz salió a la guerra para pelear contra Satanás, el pecado, el mundo y la muerte. Eran fuerzas sumamente poderosas que nadie sino solo él podía vencer. Llevó todo el pecado, murió y resucitó triunfantemente para derrotar todo lo relacionado a la maldad. No solo nos da la victoria por lo que realizó en la cruz, pero también lo hace a través de la armadura que nos ofrece en Efesios 6, para no caer ante la acechanzas del león que busca devorarnos. No solo nos provee de una armadura, pero también nos ha enviado al Consolador que nos apoya grandemente para no

pecar. Damos gracias a Dios por la victoria en Cristo Jesús. El varón que vio Josué con su espada desenvainada debe recordarnos que en Cristo somos más que vencedores (Rom. 8:37).

La soberanía de Jesús en esta escena la podemos también ver cuando él le hace entender que él no era quien para seguir a alguien más. Él no estaba del lado de nadie. Todos debían mas bien someterse a él y seguirle a él. Cuando el Señor le hizo entender esto a Josué, él hizo algo que comprueba sin ninguna duda de que él era Dios. Se postró ante él y le adoró. Josué no iba a adorar a nadie más sino solo Dios. El hombre se postra ante la Deidad, y no ante cualquier otra persona o cosa. Pablo y Bernabé no aceptaron ser adorados. Un ángel en el cielo no admitió que Juan se postrara ante él. Dios y únicamente Dios debe ser adorado. Josué también reconoció la soberanía de este varón al llamarle Señor. ¿Cómo pudiera darle Josué este título a alguien que no fuera Dios? Hay un solo Señor. Nosotros llamamos a Cristo con el título de Señor porque reconocemos su grandeza. No podríamos darle ese título a alguien más. Este varón al que se postró Josué era el Señor y era Dios mismo. Cuando nosotros contemplamos al Señor de gloria, nos postramos ante él en adoración, así como lo hizo María al verle resucitado. Nuestro deseo es magnificar al Soberano Señor Jesús, humillado por el hombre pero exaltado hasta lo sumo por su Padre.

Por último, la otra manera en la que podemos saber que este Príncipe era Dios nuestro Señor Jesucristo, es por lo que le dijo acerca de la tierra sobre la cual pisaba. Le dijo: “Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo.” Solo el Dios infinitamente santo puede decir eso. Lo mismo

le dijo a Moisés en Éxodo 4. Esta es una escena tan impresionante. Josué contempló en cuanto a Jesús, su Deidad y soberanía; pero también su santidad. Con los serafines, nosotros también admiramos la santidad de Cristo sentado sobre su trono “alto y sublime”. Hacemos como Josué, quitamos nuestro calzado, y adoramos al Príncipe del ejército de Jehová en la hermosura de su santidad.

# CIUDAD DESTRUÍDA, RAMERA SALVADA

*Josué 6:17-25*

Jericó fue la primera ciudad de Canaán que fue conquistada por Josué al mando de Israel. Realmente no fue Josué quien llevó a cabo esta gran proeza, sino fue Dios el que la derrumbó. Los Israelitas la rodearon durante siete días e hicieron ruido en la última vez que le dieron la vuelta, pero fue Jehová quién hizo caer los muros de esta ciudad por su gran poder.

Este fue el comienzo de distintas campañas que llevó a cabo Israel para conquistar la tierra. A lo largo de siete años, pelearían batalla tras batalla, conquistando a cada rival que tenían enfrente para poseer sus territorios. Es impresionante leer de todas estas conquistas, los milagros hechos por Dios para que esto sucedería, todo el botín que tenían que consagrar a Dios, y todos los demás grandes acontecimientos

Pero eso no es lo único que debe impresionarnos. Una de las cosas que más sobresalen en el libro de Josué es la gracia de Dios que fue mostrada en la salvación de Rahab la ramera y su familia. C.A. Coates escribe al respecto: “La mayor victoria que el poder divino obró en Canaán no fue sobre las siete naciones, sino sobre el corazón de Rahab...” Cuánta verdad hay en esas palabras. Sí maravilla leer sobre todas las guerras ganadas, pero al leer sobre la salvación de Rahab,

esto nos conmueve profundamente.

En este libro de Josué, Rahab es llamada ramera cuatro veces (Jos. 2:1; 6:17, 22, 25). En el Nuevo Testamento esto ocurre dos veces (Heb. 11:31; Stg. 2:25). Ella ya se había arrepentido y había creído en el Dios de Israel. Ella ya no adoraba a los dioses de sus padres, sino a Jehová el Señor. Las Escrituras se refieren a ella como ramera, no porque Dios no perdona u olvide el pecado- sabemos que él hace todo lo contrario- sino que mas bien él de esta manera hace resaltar su infinita gracia. Dios no quiere que olvidemos dónde estábamos y cómo nos encontrábamos cuando él nos rescató del fango del pecado.

Al leer sobre el rescate de Rahab debemos gozarnos en nuestra salvación. La intención de Dios era que Jericó fuese anatema pero que solamente Rahab la ramera viviera. Josué y sus hombres debían entrar a su casa y rescatarla antes de que fuera completamente destruida la ciudad. Hay una frase bastante hermosa en este capítulo de Josué y es: “Josué salvó la vida a Rahab”. Aquí vemos el significado del nombre de Josué en todo su esplendor, porque su nombre significa “Jehová salva”. Un varón importante, como lo era Josué, se humilló para rescatar a una mujer ramera que estaba en un lugar de destrucción.

Inequívocamente esto nos lleva a pensar en nuestro Salvador y en nuestra salvación. Nuestro Salvador no es un hombre común como Josué, sino que es Dios mismo. Por más loable que fue lo que hizo Josué, él no tuvo que ni siquiera poner en riesgo su vida para rescatar a esta mujer. No sufrió o murió para salvarla. Nuestro Salvador sí tuvo que morir habiendo sufrido cosas tan intensas que no pudiéramos jamás

comprender. Rahab fue rescatada del fuego que destruyó su ciudad. Nosotros hemos sido rescatados de las llamas del lago de fuego. Alabamos a Cristo Jesús por su gran salvación.

Otra cosa que sobresale de la historia de Rahab es que su fe y sus obras son señaladas en el Nuevo Testamento, a pesar del pasado que tuvo. En Hebreos 11:31 leemos, “Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz.” En Santiago 2:25 leemos, “Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino?” Entre todas las mujeres que Dios pudo haber usado como ejemplo para nosotros, él escogió a Rahab. ¡Cuán maravillosa es la gracia salvadora de nuestro Dios!

También podemos contemplar algo más que es sumamente increíble de esta mujer solo por la misericordia y el poder de Dios. En Mateo 1 encontramos la genealogía del Hijo de Dios. Para empezar es notorio que hubieron personas que Dios permitió que formaran parte de la genealogía de Cristo. Pero a parte de eso, sobresale que en su genealogía aparecen cuatro mujeres. Los judíos no incluían a las mujeres en sus genealogías, así que eso ya hace muy llamativo el registro de Jesucristo. Lo increíble no solo es que aparecen mujeres, sino que fueron mujeres con un pasado muy pecaminoso. Una de ellas es Rahab. Fue gentil, idolatra y prostituta, pero Dios la salvó, y en su asombrosa providencia permitió que formara parte de la genealogía del Salvador del mundo. Son hermosas las palabras, “Salmón engendró de Rahab a Booz”. Su nombre por siempre aparecerá en la palabra eterna de Dios. Por siempre estará relacionada con el Salvador que Dios envió a este mundo por nuestro bien.

# JOSUÉ, EL REVELADOR DEL PECADO

*Josué 7:1-26*

Nadie en la congregación lo supo. Nadie excepto Acán y Dios. Es posible que su familia también lo sabía, y por eso tuvieron que morir con él; pero el caso es que había pecado oculto en Israel que necesitaba ser revelado y juzgado.

Acán había cometido prevaricación en relación al anatema. A escondidas había tomado de los despojos de Jericó, un mato babilónico muy hermoso, doscientos siclos de plata y un lingote de oro. Regresó con sus compañeros del ejército de Israel campamento, ocultando lo que llevaba. Llegó a su casa, y sin que lo supieran sus vecinos, cavó un hueco y enterró lo que su corazón había codiciado.

Mientras que la nación se gozaba por haber conquistado su primera ciudad en la que sería su territorio; había un hombre nervioso y preocupado, al tener una consciencia que le atormentaba por lo que escondía. Por el bien de la congregación y por el sumo respeto que se merece la santidad de Dios, hacía falta que el pecado de Acán fuera descubierto y castigado.

Hasta este capítulo, la figura de Josué mayormente nos había representado a Jesús como el gran Salvador. Aquí Josué ya

no es el rescatador que libera maravillosamente a aquellos que están en peligro. En este capítulo, lo tenemos que ver como el revelador del pecado en el hombre, y como el justo juez que castiga la maldad. Es por esto que al llegar al capítulo siete de Josué, es necesario que consideremos a Cristo como el Juez. El hecho de que Josué examinó a un hombre que era miembro de la congregación de Israel, nos hace ver que tendremos que ver a Cristo, no como juzgando a los incrédulos, sino haciéndolo con aquellos que toman su glorioso nombre sobre sus labios. Lo vemos como aquél que analiza los corazones de aquellos que llegan a su mesa el primer día de la semana para hacer memoria de él.

¿Cómo llegas a esa mesa? ¿En qué condición moral te encuentras al comer del pan y al beber de la copa? ¿Qué tan limpio se encuentra tu corazón al llegar para tener esta especial comunión con Cristo y con su cuerpo?

Es común que nos preocupemos más por estar en dicha reunión de la iglesia, que llegar en una condición adecuada. Como iglesia, es posible que nos interese más que los hermanos lleguen para que haya mayor número de personas presentes, que estar seguros de que todos estamos ahí con pureza de corazón. Pensamos que por cumplir con: “Hagan esto en memoria de mí”, no es tan importante obedecer: “Pruébese cada uno a sí”. No podemos escoger una sobre la otra. Las dos tienen la misma importancia.

Con la ayuda del Dios omnisciente, Josué pudo descubrir quién era el transgresor en Israel. De entre toda la multitud, Acán quedó solo en presencia de Dios y de Josué. Con toda franqueza le dijo a Acán: “Hijo mío, da gloria a Jehová el Dios de Israel, y dale alabanza, y declárame ahora lo que has

hecho; no me lo encubras". Acán sumido en su terrible vergüenza por haber sido descubierto, le respondió: "Verdaderamente yo he pecado contra Jehová el Dios de Israel, y así y así he hecho".

No podemos engañar al Señor. El Cristo a quien te reúnes para celebrar el partimiento del pan tiene ojos como llama de fuego (Ap. 1:14). Él no se deja llevar por la falsa apariencia que presentamos a los demás. Nuestra responsabilidad en la iglesia, nuestro nivel económico, lo mucho que pudiéramos ser apreciados dentro del pueblo del Señor; no inhibe en ningún momento al Señor de observar y de desaprobar el pecado que pudiéramos estar ocultando. A él le causa asco cuando le honramos con nuestros labios pero nuestro corazón está lejos de él (Mr. 7:6).

El Señor en su santidad y ternura quiere mostrarnos nuestro pecado y desea que hagamos lo necesario para corregirlo. El problema es que muchas veces pensamos como Acán al no considerar la gravedad y las consecuencias que tienen nuestros actos. Israel perdió la batalla contra Ai. Murieron soldados del ejército de Israel. El nombre de Dios fue afrentado. La familia de Acán perderían sus vidas. Nuestro pecado oculto, no solo nos afecta a nosotros, sino que hasta no confesarlo, ofende a Dios y afecta a los que están a nuestro alrededor.

La pureza requerida por el Señor para estar limpio delante de él en la cena del Señor, va más allá de no haber ingerido alcohol y no haber cometido fornicación. Hay pecados que consentimos o también hay hábitos que tenemos que ni nos damos cuenta que son desaprobados por Dios. El que nos juzga cada primer día de la semana; no tolera el orgullo, la crítica, la mentira, el robo, la calumnia, el chisme, la avaricia,

la extorsión, los pensamientos sucios y muchos otros pecados más.

Cada día, cada instante, debemos examinar nuestro corazón para descubrir lo que hay en él que no es agradable a Dios. Permite que la Biblia y el Espíritu te señalen todo aquello que hay en ti que no es bien visto por el Señor. Humillémonos en la presencia de Dios continuamente y preguntémosle: Señor, ¿qué hay en mí que entristece tu corazón? Señor, abre mis ojos para ver las actitudes, conductas, pensamientos y las acciones de mi persona que ofenden tu santo Ser.

La historia de Acán debe hacernos temblar ante la presencia majestuosa y pura de nuestro Dios. Acán fue matado por su pecado que quiso ocultar. Quizás estás en pecado y lo sabes muy bien. No menosprecies al Señor de la cena. Es suya y él exige que lleguemos a ella en santidad. Debo recordarme cada Domingo que “cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor” (1 Co. 11:27). El escritor a los Hebreos nos dice: “nuestro Dios es fuego consumidor” (Heb. 12:29). Esas palabras no fueron escritas a los inconversos. Fueron escritas a nosotros que decimos ser creyentes en Cristo. Que esas palabras impacten nuestras mentes y nos hagan desear vivir en santidad por encima de todas las cosas. La santidad de Dios es tal, que tendríamos más probabilidades de acercarnos al sol y no morir; que contemplar a Dios en toda su refulgente gloria.

Confesemos nuestro pecado. Huyamos del pecado. Hagamos morir el pecado. Cristo es el supremo revelador de nuestro pecado. No podemos esconderle nada a él. Vivamos

de tal manera que podamos llegar al partimiento del pan con rectitud delante del que derramó su sangre por nosotros.

# HAI ES DESTRUIDA

*Josué 8:1-29*

Con el pecado juzgado de Acán, ahora sí era el tiempo adecuado para que Israel destruyera a Hai. En el primer intento no pudieron vencerles, pero en este segundo intento sí serían exitosos por medio del gran poder de Dios. Se les había instruido que pusieran una emboscada detrás de la ciudad. Josué escogió a treinta mil para llevar a cabo esta misión. La estrategia era que algunos se acercarán a la ciudad, y saldrán huyendo como en el primer intento, y entonces la emboscada llegaría por atrás para atacarlos.

Muy de mañana al siguiente día, Josué pasó revista en su ejército y así subieron para pelear contra Hai. La táctica para atacarlos se realizó exactamente de acuerdo a lo planeado. Josué y un grupo fingieron haber sido vencidos y salieron huyendo, para dar lugar a que los que formaron parte de la emboscada para que pudieran atacarlos y matarlos. Mataron a todos y la ciudad fue quemada, mientras Josué tenía su lanza levantada como señal de que destruyeran y mataran. No solos los exterminaron, pero también tomar el despojo para sí mismos, tal y como Dios se los había indicado.

El rey de Hai no fue matado inicialmente sino que fue traído a Josué. Lo colgaron sobre un madero, y al ponerse el sol, lo pusieron a la puerta de la ciudad y lo sepultaron en un montón de piedras. Israel había sido vencedor. Habían

conquistado su segunda ciudad.

Aquí hay distintas maneras en las que podemos asemejar a Josué con nuestro precioso Salvador. La batalla de Josué contra Hai, la observaremos como representando la batalla de Cristo al triunfar sobre la cruz.

Josué estuvo con sus soldados la noche antes de la pelea. Esto mismo lo encontramos con Jesús al haber estado con sus apóstoles la noche antes de que murió sobre el madero. En los capítulos trece al diecisiete del evangelio de Juan, leemos sobre lo que sucedió durante esas horas. El Señor comió la Pascua, instituyó la cena del Señor, le lavó los pies a los suyos, les afirmó sus corazones con instrucción sobre distintos temas y oró por ellos. Pensamos en esos momentos muy significativos que el Señor pasó con los suyos antes de ir al Calvario.

Antes de la guerra, Josué permaneció hasta la mitad del valle, un lugar oscuro y solitario. David describió sus angustias como alguien que anda en el “valle de sombra de muerte” (Sal. 23:4). En un sentido figurativo, Cristo Jesús también estuvo en un valle oscuro y solitario la noche antes de entregar su vida, al haber ido al huerto del Getsemaní. Postrado sobre la tierra orando a Dios en aquella noche fría, podía palpar la oscuridad que caería sobre él estando sobre la cruz, y podía sentir la soledad que sufriría al llevar nuestros pecados. Sus agonías en el huerto fueron a tal grado que sudó como grandes gotas de sangre.

Al llegar a Hai, Josué hizo pensar a sus enemigos que los habían vencido por segunda vez, cuando él y sus soldados salieron huyendo. Hubo la apariencia que habían perdido

pero al fin salieron victoriosos. Lo mismo vemos en cuanto a la obra de Jesús sobre la cruz. Desde la perspectiva humana, lo que él estaba haciendo sobre ese madero aparentaba que estaba siendo derrotado. Se cumplía la profecía pronunciada en la caída del primer hombre (Gn. 3:15). Estaba siendo herido en el calcañar. Las multitudes pensaban que él era cualquier otro hombre que estaba siendo juzgado por su pecado. Pero sabemos que no fue así. No estaba siendo derrotado, sino que sucedía todo lo contrario. El que aparentaba estar siendo derrotado, fue victorioso. Cumplió perfectamente la misión que tenía de sufrir el pecado de la humanidad. Su victoria la vemos en las palabras que dijo a gran voz: "Consumado es". Su victoria también la podemos ver en el gran hecho de que resucitó de entre los muertos. El que fue herido en el calcañar, hirió a la simiente de la serpiente en la cabeza.

Josué colgando el cuerpo del rey de Hai sobre un madero y cómo lo mandó a ser bajado al ponerse el sol, nos ayuda a entender un poco más lo que Jesús sufrió sobre la cruz. Esto lo podemos considerar al entender lo que marcaba la ley de Dios en Deuteronomio 21:22, 23. "Si alguno hubiere cometido algún crimen digno de muerte, y lo hicieris morir, y lo colgareis en un madero, no dejaréis que su cuerpo pase la noche sobre el madero; sin falta lo enterrarás el mismo día, porque maldito por Dios es el colgado; y no contaminarás tu tierra que Jehová tu Dios te da por heredad." Esto lo comprendemos en relación a esto aplicando a hombres pecadores, pero ¿cómo entenderlo en relación al bendito Señor Jesús? En Gálatas 3:13 leemos, "Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)". ¿Cómo comprender que lo mismo que experimentó un rey

pagano fue lo que sucedió con el soberano Señor? Sabemos que el rey de Hai llevó la maldición por su propia maldad; pero Jesús fue maldito porque él llevó la maldición de nuestra maldad. Es imposible comprender cómo es que el Santo fue hecho maldito, pero lo adoramos por haber hecho tal cosa por nosotros.

La soberanía de Jesús sobre los sucesos que sobrevendrán sobre la tierra durante la tribulación, podemos relacionarlo con Josué cuando levantó su lanza sobre Hai. Mientras que su la lanza estaba levantada, sus soldados debían destruir la ciudad. El que fue humillado sobre el madero, un día mostrará su pleno dominio sobre esta tierra al herirla con los juicios descritos en el Apocalipsis. Por medio de su autoridad, juicio tras juicio azotará a este planeta y a los moradores de esta tierra. Cristo eternamente poseerá el poder y el gobierno sobre todas las cosas.

# ADORACIÓN EN EL MONTE DE MALDICIÓN

*Josué 8:30-35*

En Deuteronomio 11, Moisés le presentó a Israel las bendiciones y las maldiciones que les traería la ley. Lo que ellos experimentarían dependería en ellos y en su obediencia o desobediencia a la ley.

Podemos dar gracias a Dios que nosotros, a pesar de nuestra maldad, no tenemos que sufrir la maldición de la ley. No fue por nuestra obediencia a la ley, sino que fue por medio de Cristo. Él cumplió la ley durante su vida y sufrió la maldición de la ley en su muerte para que nosotros no la suframos. Por la gracia del Señor, nosotros nunca oiremos que se nos diga, “Apártense de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt. 25:41).

Al hacerle ver a Israel todo en cuanto a las maldiciones y las bendiciones de la ley, les pidió que al entrar la Tierra Santa, debían de poner la maldición sobre el monte Gerizim, y la bendición sobre el monte Ebal.

Esto mismo se cumplió en Josué 8. Después de destruir a Hai, Josué y el pueblo cumplieron con esta ordenanza de Dios hecha a través de Moisés. En ambos montes leyeron las maldiciones y las bendiciones de la ley.

No habían hecho esto desde que estuvieron al pie del monte Sinaí en Éxodo 24. Aquella generación había oído la ley siendo leída, pero habían fallado. No la habían cumplido. Esto muestra la incapacidad del hombre en cumplir la ley de Dios. Nosotros nos vemos en las mismas condiciones. ¿Cuántas personas piensan que serán justificados del antes de Dios por las obras de la ley? Nosotros entendemos que no podemos ser justificados sino solo por la fe en Cristo porque nosotros somos débiles. Jesús hizo todo lo que nosotros no podíamos hacer.

Ahora en los montes de Ebal y Gerizim, se volvería a dar lectura de las bendiciones y maldiciones de la ley. La mitad del pueblo estaría sobre un monte, y la otra mitad sobre el otro monte. Estarían de pie de un lado y al otro lado del arca de la alianza cargada por los levitas. No solo estaban siendo recordados de lo que podía traerles la ley, pero también estaban aprendiendo sobre la necesidad de vivir de manera santa delante de Dios en la tierra que él les había dado. La lectura de la ley también era para ratificar el convenio que Jehová había hecho con ellos.

Nosotros podemos meditar en la santidad que Dios requiere en nosotros para serle agradables en todos los aspectos de nuestra vida, incluyendo nuestra participación en el partimiento del pan. De igual manera podemos pensar en el nuevo pacto que trajo Cristo a nuestro favor. Esto le costó derramar su sangre. No bebamos de la copa solo por cumplir con una rutina. Realmente meditemos en lo que fue para el Señor derramar su sangre por nosotros y ofrezcámosle a Dios “frutos de labios que confiesan su nombre”.

Llama la atención que Josué levantó un altar sobre el monte Ebal. El altar fue hecho de piedras sobre las cuales Josué escribió la ley de Jehová. Josué, como en el capítulo uno, vuelve a asemejarse a nuestro Señor en la importancia que le dio a la palabra de Dios. La ley estaba en medio del corazón de Jesús (Sal. 40:8). Sobre el altar se ofrecieron a Dios sacrificios de paz. Estas ofrendas nos recuerdan de la bendita paz que Cristo, el Príncipe de Paz, ha traído a nuestras vidas. Él sufrió la gran tempestad sobre el madero para traernos una gran bonanza.

Es significativo que se hayan ofrecido estas ofrendas sobre el monte Ebal porque allí era donde se leerían las maldiciones de la ley. El lugar que representaba la maldición por el pecado, se convirtió en un lugar de adoración y comunión.

Nosotros tenemos un altar, Cristo mismo (Heb. 13:10), y en base a lo que él hizo en el lugar de maldición, el Gólgota, nosotros podemos adorar a Dios y podemos tener comunión con él. Nosotros debimos haber sufrido la maldición, pero en la gracia de Dios, el Santo Hijo de Dios, lo padeció a nuestro favor. Bendecimos a Dios por su Hijo y que por él la maldición se convirtió en bendición.

# LADRONES DE NUESTROS CORAZONES

*Josué 9:1-27*

Después de las victorias sobre Jericó y Hai, el discernimiento de la nación de Israel fue puesta a prueba, con la llegada a ellos de unos farsantes. Venían de Gabaón con gran temor de que Israel hiciera con ellos como habían hecho con las otras naciones.

Con gran astucia, fingieron ser embajadores y viajaron con sacos viejos; cueros viejos y remendados de vino; zapatos viejos y recocidos; y con pan seco y mohoso. Aparentaban venir de una gran distancia, cuando realmente moraban muy cerca.

Llegaron pidiendo que Israel hiciera alianza con ellos. No solo fingieron haber venido de lejos, pero también trataron de convencer a los israelitas de recibirles, al reconocer el poder de Dios demostrado en distintas proezas que hizo a favor de su pueblo.

Los israelitas cometieron el terrible error de no consultar a Jehová respecto a esta situación. Hicieron paz con ellos y decidieron entrar con ellos en una alianza. Habían sido engañados.

Cuando se dieron cuenta, ya era demasiado tarde, ya no podían hacer nada. Tuvieron que permitir que continuaran morando entre ellos. Lo único que pudieron hacer fue condenarles a trabajar por siempre sacando agua y cortando leña para la casa de Dios.

Esto mismo podemos verlo como sucediendo en cada iglesia local por medio de falsos maestros que se infiltran entre nosotros. La intención que tienen es desviarnos de las verdades que honran el nombre del Señor.

Aparentan ser algo que realmente no son. Son seres manipulados por el diablo pero que tienen una apariencia muy llamativa porque son gobernados por uno quien “se disfraza como ángel de luz”. Jesús dijo que se visten como ovejas, pero por dentro son como lobos rapaces. Este es el gran peligro que enfrenta toda iglesia. Pablo afirmó que se hacen pasar como si fueran apóstoles de Cristo.

En 2 Corintios 11, vemos que Pablo observaba a la congregación en Corinto como una virgen pura a quien él quería entregar en esa condición al Señor. Pero él sabía que ellos podían ser engañados así como la serpiente había engañado a Eva. Él veía que los sentimientos de amor que tenían los Corintos hacia el Señor podían extraviarse. Esto había ocurrido con las asambleas en la provincia de Galacia. Pablo les tuvo que preguntar: “¿quién les fascinó para no obedecer a la verdad...?” Habían estado sirviendo bien al Señor con su amor dirigido solo a él, pero falsos maestros habían distorsionado eso.

Debemos ser vigilantes y no permitir que hombres y mujeres gabaonitas vengan a nosotros y nos engañen, como sucedió

con el pueblo de Israel. A Jesús le interesa mucho la doctrina que creemos, profesamos y practicamos. Cuando sus enseñanzas son las que reinan en una iglesia, él recibe la gloria y honra que solo él merece tener. Respetar la doctrina señalada, es magnificar al Cristo que dio su vida por nosotros. Él es digno que todo nuestro afecto sea puesto en él. Los falsos maestros quieren hurtar el amor que hay en nuestros corazones para el Señor.

Los gabaonitas no solo nos enseñan el peligro latente que pueden ser los falsos maestros a las iglesias de Cristo, pero también representan la gracia de Dios en aquellos que son suyos. A pesar de que los de Gabaón mintieron y actuaron con hipocresía, y fueron maldecidos por el liderazgo de Israel, Dios en su gracia les concedió distintas bendiciones.

Gabaón se convirtió en una ciudad sacerdotal porque el arca del pacto estuvo allí en los días de David y de Salomón (1 Cr. 16:39,40; 21:29). Uno de los hombres valientes de David era gabaonita (1 Cr. 12:4). Dios habló a Salomón cuando éste se encontraba en Gabón (1 Re. 3:4). Hubieron gabaonitas que trabajaron con la reedificación de los muros de Jerusalén en los días de Nehemías (Neh. 3:7; 7:25).

Esa es la inmensa gracia de nuestro Dios también hacia nosotros. A pesar de nuestra maldad, él ha permitido que podamos adorarle y servirle en la iglesia. Vemos su gracia aún en el hecho de poder congregarnos con hermanos del mismo sentir para hacer memoria de la muerte de nuestro Salvador a través de un pan y de una copa. Con gran gozo y humildad, saquemos agua y cortemos leña para la iglesia, la casa del Dios viviente. No somos merecedores de la gracia de Dios aún en esto.

# Cuando se Detuvo el Sol y la Luna

*Josué 10:1-43*

Los triunfos de Israel sobre Jericó y Hai, y el hecho de que los gabaonitas habían hecho alianza con ellos; hizo que el rey de Jerusalén formara una confederación para pelear contra Gabaón. Cinco reyes de los amorreos y el rey de Jerusalén atacaron a Gabaón. Ellos pidieron ayuda a Josué y él inmediatamente salió a defenderlos.

Por el pacto que habían hecho los gabaonitas e israelitas, los de Gabaón podían gozar de seguridad, porque Josué e Israel les defenderían. Los gabaonitas no merecían esto. Habían engañado a los hijos de Jacob, pero habían recibido gracia de Josué, aún cuando él se enteró de que les habían mentado.

Algo parecido ocurre con nosotros. A pesar de nuestra maldad, en nuestro Salvador estamos seguros. Él es nuestro gran Capitán que nos defiende cuando se levanta cualquier enemigo contra nosotros. Sea el diablo, el mundo o la carne; él siempre está dispuesto a defendernos y siempre posee plena capacidad para librarnos. En Romanos capítulo 8, se nos asegura que nadie puede acusarnos ni condenarnos por causa de la muerte, resurrección e intercesión de Cristo el Señor. También se nos asegura que “somos más que vencedores por medio de aquel nos amó”.

Durante la batalla, Dios llenó a los atacantes de gran

consternación y así pudieron herirlos con gran mortandad. Al querer huir de los israelitas, Dios arrojó desde el cielo grandes piedras de granizo hasta llegar a Azeca. Al acercarse el atardecer, por el deseo que tenía Josué de exterminar a esos ejércitos aquel mismo día, él hizo algo muy asombroso. Le dijo al sol y a la luna: “Sol, deténte en Gabaón”; y tú, luna, en el valle de Ajalón”. Resaltamos en todo esto la fe de Josué, pero aún más, la omnipotencia de Dios. En ese momento, “el sol se detuvo y la luna se paró”. Esto permitió que los israelitas terminaran de derrotar a sus enemigos. Leemos que “el sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse casi un día entero”.

El Espíritu añade un comentario muy interesante en cuanto a Josué y el gran poder de Jehová en favor de los suyos. La Escritura dice que “no hubo día como aquel, ni antes ni después de él, habiendo atendido Jehová a la voz de un hombre; porque Jehová peleaba por Israel”. La victoria de Israel por medio del poder de Dios fue asombrosa. Todos fueron derrotados, incluyendo a los reyes; quienes fueron matados, levantados sobre maderos y echados en una cueva.

Esta no fue la única vez que el Creador dominó a su creación e hizo grandes señales en los cielos. Por tres días hubo tinieblas en Egipto (Éx. 10:22, 23), la sombra retrocedió diez grados para asegurarle al rey Ezequías que viviría otros quince años (2 Re. 20:11; Isa. 38:8); y esta tierra será sumergida en oscuridad durante la gran tribulación (Ap. 16:10). Pero el suceso que sobresale de todos estos, es cuando el Señor veló los cielos mientras su precioso Hijo colgaba en un madero. Por tres horas él sufrió al encontrarse en densas tinieblas al ser herido, castigado y llagado (Isa. 53:5) por todas nuestras perversidades. Una de las maldiciones del

pecado es la oscuridad. Jesús tuvo que soportar que la maldición de las tinieblas cayera sobre él cuando él fue abandonado por su propio Dios. En el caso de Josué, a través del poder de Dios, él pudo detener el sol y la luna para no hubiesen tinieblas. Pero en el caso de nuestro tierno Salvador, no hubo manera de que se replicara ese milagro. Él tuvo que padecer por nuestras iniquidades durante aquella noche que descendió sobre su cruz cuando el sol debía de estar brillando.

Finalizamos pensando en cómo Josué venció al rey de Jerusalén y a los reyes de los amorreos. Hay algo singular de un rey venciendo a otros reyes. Un día el Rey de reyes vendrá a esta tierra y vencerá a todos los reyes. La Escritura nos muestra que todo rey le reconocerá como el Señor de señores y traerán su gloria a la Nueva Jerusalén donde nosotros adoraremos y serviremos a nuestro Soberano.

# HERENCIA PERDURABLE

*Josué 11:1-23*

El rey Jabín de Hazor fue llenado de miedo hacia Israel y suplicó que naciones del norte de Canaán se aliaran con él para atacarle. Logró juntar un ejército que era tan numeroso “como la arena que está a la orilla del mar en multitud, con muchísimos caballos y carros de guerra” (v.4). Esto no debía espantar a los israelitas ya que Dios les había asegurado que esta batalla la ganarían. Serían victoriosos también en esta guerra para poder conquistar el norte de Canaán, y lo harían al desjarretar sus caballos y al quemar sus carros.

De forma repentina, llegaron a donde estaban todos sus opositores reunidos por las aguas de Merom. Josué comandó a su ejército a atacarlos. Los enemigos de Dios tuvieron que salir huyendo llenos de pavor, pero fueron alcanzados y cada uno de ellos fue matado. No quedó ni uno solo vivo. No solo fueron matados los reyes junto con sus ejércitos, pero también sus ciudades fueron aniquiladas. También fueron conquistados la tribu de gigantes conocidos como los anaceos. Josué fue victorioso una vez más con la indispensable ayuda de Dios.

En todo esto, Josué es una hermosa sombra de nuestro Salvador. Él es el gran Conquistador que fue victorioso a nuestro favor. Su batalla fue espiritual y fue una tremenda lucha que se llevó a cabo al estar clavado a un madero

romano. Su guerra no fue contra ejércitos terrenales, como lo fue en el caso de Josué, sino que fue contra el diablo y todos sus principados. El león rugiente, la serpiente antigua perdió la lucha con lo que el Mesías de Dios logró en el Gólgota. Gloriosamente venció al que tenía el imperio de la muerte, a Satanás, también al resucitar poderosamente de entre los muertos. Ese ser tan perverso y malvado ha sido eternamente derrotado por nuestro Salvador.

La batalla que estamos considerando de Josué contra los reyes del norte, también nos hace meditar en otra guerra que involucrará a Jesús. Al final de la gran tribulación, de acuerdo a la Revelación, las naciones se unirán con odio en sus corazones hacia el que murió por ellos para tratar de hacer lo imposible. Se atreverán a creer que podrán derrotar al Señor de toda gloria, al Dios de todo poder. Así como nuestro Amado ganó la lucha del Calvario, lo mismo hará en la batalla en Armagedón. Con el poder de su palabra, sin ni siquiera levantar él o alguien más una espada, destrozará a los millones que se habrán aliado contra él, como una vasija de barro que se cae y fácilmente se rompe en mil pedazos.

Esta significativa batalla que ganará un día el Señor, le permitirá gozar el cumplimiento de la profecía de Isaías. Josué al vencer a estas naciones, tomó para Israel todo el botín o los bienes de todas las ciudades derrotadas. Lo mismo será para Cristo en un día venidero. Isaías predijo que Jesús repartirá los despojos con los poderosos. El Soberano que habrá ganado, mostrará su infinita soberanía al dispensar el botín de la batalla ganada. Los reyes tendrán que sujetarse a él y reconocerle como el Supremo.

¡Qué grande es nuestro Señor! Le honramos y exaltamos por

su inigualable poder. Le agradecemos de corazón que él haya sido el gran victorioso para que por siempre asegurara nuestras almas del maligno.

Al haberse conquistado el norte de Canaán, Josué tomó la tierra y se la entregó “a los israelitas por herencia conforme a su distribución según sus tribus” (v.23).

Esto también nos presenta muy claramente al Hijo de Dios. Por haber conquistado la lucha espiritual en la cruz, por su infinita misericordia, él nos ha entregado nuestra preciosa herencia. Josué en cierta manera introdujo a Israel a su descanso al darles la tierra; pero nosotros hemos recibido en Cristo un descanso que es completo y seguro. Podemos leer acerca de este contraste entre Josué y Jesucristo en Hebreos 4:8-10.

Pablo, el ministro de Dios, escribió a los efesios acerca de nuestra herencia en la primera parte de la carta que les escribió. Les describió la inmensa gracia de Dios al elegirnos para salvación y les explicó los propósitos inescrutables de Dios en cuanto a nuestra salvación. Les mostró como uno de esos propósitos era para que su Hijo Amado nos otorgara nuestra herencia. Les escribió: “En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados” (1:11). Les invitó a mirar hacia el pasado. Fuimos predestinados para obtener esta gran herencia. Pero también les mostró lo que debe ser para nosotros nuestra herencia en el presente. Hablando del Espíritu de Dios, les dijo: “Es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida” (1:14). Nuestra herencia es segura. Nos ha dado la garantía que es el Consolador, lo cual solo fue posible por la victoria de nuestro Josué celestial. Pablo también le pidió a los hermanos en Efeso que miraran el aspecto futuro de su

herencia. Les escribió: “Las riquezas de la gloria de su herencia en los santos” (1:18). ¡Cuán glorioso es todo esto! Lo heredado por Josué a Israel, no se compara en lo más mínimo con lo que Cristo nos ha heredado a nosotros. Lo tenemos todo en él.

Esta herencia que hemos recibido por gracia por medio del que nos compró a precio de sangre es incomparable. Leemos sobre cómo es nuestra herencia en 1 Pedro 1:4, “una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para ustedes”. Lo que ya es una realidad ahora al ya gozar de todas las bendiciones espirituales en Cristo Jesús, un día será una eterna realidad. Experimentaremos en toda su plenitud lo que Jesús nos ha heredado. No tendrá fin esta maravillosa condición que disfrutaremos por siempre.

Encontramos en Hebreos 10:34 que lo que tenemos en Cristo, es “una mejor y perdurable herencia en los cielos”. Gocemos nuestra herencia. Anticipemos lo que nuestra herencia nos dará algún día. Hasta entonces, sigamos sirviendo y adorando al Cristo vencedor de las batallas.

# ES TODO LO QUE NECESITAMOS

## *Josué 13:33*

En los capítulos 13-21 de Josué se nos detalla cómo cada tribu de Israel fue recibiendo su territorio. En el capítulo 13 leemos que hubo una excepción hecha con la tribu de Leví, porque “a la tribu de Leví no dio Moisés heredad; Jehová Dios de Israel es la heredad de ellos, como él les había dicho” (v.33). Sí recibirían ciudades de las demás tribus para habitarlas (Jos. 21:3), pero no heredarían territorios como sucedió con las demás tribus. La heredad y la porción de los levitas, quienes ministraban en el santuario de Dios, sería Yahweh mismo. Él les había dicho: “Yo soy tu parte y tu heredad en medio de los hijos de Israel” (Nm. 18:20).

Los levitas recibían su heredad en los diezmos y en los sacrificios que ofrecían los hebreos a Dios (Nm. 18:21; Jos. 13:14). Eso fue lo que Dios destinó como manutención para aquellos que dedicaban su vidas al servicio del tabernáculo o templo. A pesar de lo que podían tener materialmente, su porción más llamativa era Dios mismo. Lo mismo ocurre con nosotros, así como con Israel, nosotros somos la porción del Señor; y él es nuestra porción. Las naciones son la porción de Jehová (Sal. 2:18), y el que dio su vida por nosotros, lo es todo para nosotros.

Antes de continuar, deberíamos maravillarnos con adoración en nuestros corazones, al considerar que él nos haya elegido

como su porción. Debemos asombrarnos de su gracia porque él no nos escogió porque vio algo atractivo en nosotros. Únicamente vio maldad, y aún así nos amó para hacernos su heredad. ¡Somos grandemente bendecidos aquellos que el Señor escogió para sí! “Bienaventurada la nación cuyo Dios es Jehová, El pueblo que él escogió como heredad para sí” (Sal. 33:12).

Al pensar en el Señor siendo nuestra heredad, podemos notar que este es un tema recurrente en los Salmos. Queremos meditar esta semana sobre Jesús como nuestra porción en el precioso salterio inspirado por Dios, siendo una magnífica colección de 150 Salmos.

En los Salmos se enfatizan las siguientes cosas en relación al Señor como nuestra heredad.

### 1. Es nuestro Sustentador deleitable

“Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa; tú sustentas mi suerte. Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, y es hermosa la heredad que me ha tocado” (Sal. 16:5, 6).

### 2. Es nuestro Pastor amante

“Jehová es la fortaleza de su pueblo, y el refugio salvador de su ungido. Salva a tu pueblo, y bendice a tu heredad; y pastoréales y susténtales para siempre” (Sal. 28:8, 9).

### 3. Es nuestro Guardador eterno

4. “Conoce Jehová los días de los perfectos, y la heredad de ellos será para siempre” (Sal. 37:18).

5. Es nuestra Fortaleza inagotable

“Abundante lluvia esparciste, oh Dios; a tu heredad exhausta tú la reanimaste” (Sal. 68:9).

6. Es nuestro Redentor tierno

“Acuérdate de tu congregación, la que adquiriste desde tiempos antiguos, La que redimiste para hacerla la tribu de tu herencia; Este monte de Sion, donde has habitado” (Sal. 74:2).

7. Es nuestro Testador poderoso

“Eché las naciones de delante de ellos; Con cuerdas repartió sus tierras en heredad, E hizo habitar en sus moradas a las tribus de Israel” (Sal. 78:55)

8. Es nuestro Reposo fiel

“Para hacerle descansar en los días de aflicción, En tanto que para el impío se cava el hoyo. Porque no abandonará Jehová a su pueblo, Ni desamparará su heredad” (Sal. 94:13, 14).

Los levitas lo tenían todo al tener a Yahweh como su porción. Cristo nuestro Señor, es todo lo que tenemos, y es todo lo que necesitamos. Adoremos de corazón al que es la porción de nuestro corazón.

# REDIMIDOS, ACOMPAÑADOS, SALVADOS Y GALARDONADOS

*Josué 14:1-15*

La tierra fue repartida a las doce tribus de Israel por suerte por medio de Moisés, Josué, Eleazar y los cabezas de las familias. Moisés le heredó a Rubén, Gad y a la media tribu de Manasés sus tierras al este del Jordán; y los otros varones le heredaron sus tierras a las otras nueve tribus y media al oeste del Jordán.

En Moisés, Josué y Eleazar podemos ver tres aspectos preciosos de nuestro Amado. Todo esto en cuanto a nuestra heredad espiritual que tenemos por medio de él.

Moisés fue el que libertó a Israel de la esclavitud de los egipcios. Él resalta a Cristo como nuestro Redentor. Moisés es una sombra de aquél que derramó su sangre para poder librarnos de la esclavitud del pecado. Damos gracias a Dios por el que “se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad” (Tit. 2:14). Lo realizado por Moisés, enfatiza la obra de Cristo hecha a nuestro favor en el pasado. El hecho de que en el pasado fuimos librados del pecado, nos permite gozar la heredad que él nos ha otorgado.

Eleazar era el sumo sacerdote en el tiempo en el que se dividió la tierra. Alabamos a Dios por Jesús nuestro Redentor, pero al considerar a Eleazar, pensamos en la gran

bendición que tenemos de tener al Hijo de Dios como nuestro gran Sumo Sacerdote. Si Cristo como Redentor nos hace pensar en lo que él hizo por nosotros en el pasado, él como Sumo Sacerdote nos hace meditar en lo que él es para nosotros en el presente. En esta vida, mientras sufrimos pruebas y tentaciones; pero a la vez disfrutamos la heredad que tenemos en el presente, Cristo es nuestro Sumo Sacerdote. Nos anima y nos consuela saber que en nuestras dificultades, él intercede por nosotros (Heb. 7:25) y él se compadece de nosotros (Heb. 4:15).

Josué, como hemos visto ya al estudiar a Cristo en este libro, es figura del Mesías como nuestro Salvador. Vimos a Jesús como nuestro Redentor en el pasado y como nuestro Sumo Sacerdote en el presente; pero ahora lo vemos como nuestro Salvador en el futuro. La salvación de Dios en Cristo Jesús es tan grande y tan extensa que abarca nuestro pasado, presente y futuro. Fuimos salvados en el momento que creímos, seguimos siendo salvados, pero un día seremos salvados por completo. Al venir Jesús, él salvará a los suyos, y su salvación, en este sentido se completará. Como Redentor, nos hizo recibir nuestra herencia; como Sumo Sacerdote, nos acompaña para disfrutarla; y como Salvador, un día nos rescatará de este mundo para disfrutarla eternamente y para siempre.

¡Cuán glorioso es nuestro Señor! Lo que hicieron estos tres varones para el bien de Israel, Cristo solo lo hace todo en favor de los millares de millares que han obedecido al evangelio.

En este capítulo 14 de Josué, no solo vemos a Jesús como Redentor, Sumo Sacerdote y Salvador, en cuanto a nuestro

pasado, presente y futuro. También lo vemos como nuestro Galardonador en el glorioso futuro que nos espera. Esto lo vemos en la narración que involucra a Caleb en esta porción que estamos considerando. Este varón de Dios, junto con los demás hijos de Judá, tuvieron una conversación con Josué. Caleb le recordó que por haber sido un espía fiel, Moisés le había prometido su tierra al llegar a Canaán. Josué cumplió con lo prometido y le brindó Hebrón por heredad. Habían pasado años desde la promesa de Moisés, Caleb había tenido que luchar y padecer con mucha paciencia y determinación, pero ahora era tiempo de recibir y gozar su recompensa en la tierra que recibió.

¿No es esto el tribunal de Cristo? Cuando el Señor Jesús venga por nosotros, él nos hará pasar delante de él en los cielos, y él será nuestro Galardonador al darnos a cada uno nuestras recompensas y coronas. Jesús pronto viene. Tengamos paciencia, porque como Caleb, muy pronto recibiremos los galardones que el Señor en su tierna gracia nos ha prometido.

Adoramos a Dios por nuestro Redentor, Sumo Sacerdote, Salvador y Galardonador. No hay nadie como él. Todos estos maravillosos oficios le pertenecen solo a él. Hagamos memoria de su muerte y ofrezcámosle la alabanza de la cual él es digno.

# GLORIAS LE SIGUEN A LAS CONGOJAS

*Josué 16, 17*

José el sufriente, fue bendecido grandemente después de todo lo que padeció. Fue odiado, traicionado y vendido por sus hermanos. En Egipto, fue acosado por una mujer malvada, fue injustamente encarcelado, y olvidado en la cárcel. Dios no ignoró nada de eso, sino que tomó en cuenta todo lo que este varón piadoso padeció por él. Apreciado hermano, el Varón de dolores no menosprecia los dolores que tú sufres para honrar su nombre. Cada lágrima, cada preocupación y cada temor es observado muy cuidadosamente por él. Josué fue recompensado por todo lo que sufrió por el nombre del Señor; tú también serás galardonado generosamente.

Jacob, el padre de José, antes de morir pronunció que su hijo favorecido sería bendecido al ser una “rama fructífera junto a una fuente, cuyos vástagos se extienden sobre el muro”. Jacob relacionó esas bendiciones dadas a su hijo por Dios por lo que José sufrió. Jacob dijo: “Le causaron amargura, le asaetearon, y le aborrecieron los arqueros; Mas su arco se mantuvo poderoso, y los brazos de sus manos se fortalecieron por las manos del Fuerte de Jacob (por el nombre del Pastor, la Roca de Israel), por el Dios de tu padre, el cual te ayudará, por el Dios Omnipotente, el cual te bendecirá con bendiciones de los cielos de arriba, con

bendiciones del abismo que está abajo, con bendiciones de los pechos y del vientre.”

Hay muchas maneras en las que José se asemeja a nuestro Señor Jesucristo. Una de ellas es en como el que sufrió mucho, fue prosperado generosamente por Jehová. Está claro que el sufrimiento y la recompensa de José no puede compararse con los dolores y las bendiciones de nuestro Señor. Pero aún así, las experiencias de José sí traen a nuestras mentes todo esto en cuanto a nuestro Salvador. Él es el grano de trigo que tuvo caer a la tierra para morir, pero después de morir, produjo mucho fruto. Nosotros somos parte de ese fruto que representa una de las bendiciones que el Padre le ha brindado a su Hijo. Aquél que sufrió que su nombre fuese humillado hasta mas no poder, llegará el día cuando su nombre sea exaltado sobre todo otro nombre.

La bendición recibida por José, benefició a su esposa y a toda su posteridad. Su esposa Asenat era egipcia, pero aún así, en la gracia de Dios pudo disfrutar todo lo que recibió José. Nosotros, la iglesia y esposa de Jesús, nos podemos mirar en aquella mujer gentil. Estábamos lejos de los beneficios de las promesas y del pacto hecho a Israel, pero Dios se compadeció de nosotros. No podemos comprender la inescrutable gracia de Dios, que él haya colocado a judíos y a gentiles en un mismo cuerpo, para hacerla la esposa de su precioso Hijo. Quizás a esa se refería Jacob proféticamente cuando habló de que José sería como una rama que sus vástagos se extenderían sobre el muro. Los vástagos de la gracia de Dios nos alcanzaron donde nos encontrábamos, sumidos en el lodo cenagoso del pecado.

La bendición recibida por José, también benefició a sus hijos.

Los nombres de sus hijos reflejan la angustia que sufrió, pero también el triunfo que gozó en aquella tierra ajena. El nombre de Manasés, su hijo mayor, significa: "Dios me hizo olvidar todo mi trabajo, y toda la casa de mi padre". El nombre de Efraín, su hijo menor, significa: "Dios me hizo fructificar en la tierra de mi aflicción". En los nombres de los hijos de José podemos ver estos dos aspectos de Cristo ya mencionados. Él experimentó angustia pero ahora goza del fruto de la cruz. Una de las maneras en las que los hijos de José gozaron de las recompensas dadas a José, fue el hecho que cada uno de ellos tuvieron el privilegio de tener su propia tribu en Israel. Cada uno de los hijos de Jacob recibió una sola tribu, pero José recibió el doble porque de él salieron dos tribus. Manasés tuvo su tribu, Efraín tuvo su tribu. Si la madre de estos hombres, nos habla de nosotros los gentiles siendo beneficiados por la gracia de Dios; estos dos hijos de José, nos recuerdan de las bendiciones recibidas hasta el día de hoy por la nación de Israel. Gracias a Dios, que a pesar de la rebeldía de Israel, Dios les permite aún pertenecer al cuerpo de Jesucristo.

La bendición de Dios para las tribus de Efraín y Manasés también lo vemos en la repartición de las tierras en Canaán. Efraín recibió su heredad en la parte central; y Manasés, al haberse dividido en dos, recibió heredad al occidente y al oriente del Jordán. También vemos el favor de Dios hacia José al desear que sus hijos fueran de los primeros en recibir sus tierras, a penas detrás de Judá, la tribu de la familia real que fue el primero en recibir su territorio.

Finalicemos en un punto más que nos vuelve hacer pensar en lo privilegiados que somos los gentiles en haber sido buscados por el Dios de Israel. Maquir, hijo primogénito de

Manasés, moró al este del Jordán, en Basán y Galaad. Lo llamativo de Maquir era que su madre fue una mujer gentil de acuerdo a 1 Crónicas 7:14, 15. La abuela y la madre de Maquir ambas fueron mujeres gentiles. Otra vez nos maravillamos de la gracia de Dios hacia nosotros los gentiles.

Deseo que esta sencilla meditación nos ayude al hacer memoria de nuestro Señor. Pensemos en él quien sufrió, pero que ha sido exaltado. Engrandezcamos a nuestro Dios, que como gentiles que somos, él nos invita a poder adorarle mañana en espíritu y en verdad.

En esta semana que inicia seamos como las hijas de Zelofehad, de la tribu de Manasés, quienes insistieron en recibir su herencia. Busquemos lo espiritual; dejemos de buscar lo material.

## VECINOS DE REYES

*Josué 18, 19*

Aún habían siete tribus que no habían heredado su tierra. Esto no era porque Dios lo había decidido de esa manera por alguna razón. Esas tribus habían sido negligentes. La palabra “negligentes” en hebreo significa “hundirse, relajarse”. Dios había obrado maravillosamente para que la tierra fuese conquistada, la tenía lista para todas las tribus; pero siete tribus no se habían esmerado, no habían sido diligentes para poseerla.

Ya hemos señalado que Canaán representa todas las bendiciones espirituales que tenemos en Cristo Jesús. Nuestra herencia y porción es el Señor y todos los favores que hemos heredado a través de su muerte y resurrección. El Espíritu nos dice a través de Pablo, “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Ef. 1:3).

La guerra ya fue ganada en la cruz y en la tumba vacía, innumerables bendiciones espirituales están a nuestra disposición; pero tristemente nosotros también somos negligentes. No vivimos con plenitud la vida que Cristo nos ha dado. Nos distraemos con cosas terrenales. Caemos en una mediocridad espiritual en donde pensamos que ya no hay más bendiciones espirituales por conquistar. Mostramos poco de Cristo en nuestro carácter. Carecemos de frescura en

nuestra meditación de la palabra y en nuestra participación en los servicios de la iglesia.

Con diligencia y asombro disfrutemos más y más todo lo que tenemos en el Señor. Entre más comprendamos el costo que Cristo tuvo que pagar con su propia sangre para asegurar nuestra heredad, más tendremos el deseo de disfrutar todo lo que tenemos en él. No seamos negligentes como aquellas siete tribus de Israel. Como soldados de Jesús, levantémonos, entremos a Canaán y disfrutemos nuestra porción espiritual.

En los capítulos señalados, aprendemos que Simeón tuvo que morar dentro del territorio de Judá. Posiblemente fue por causa de la crueldad que mostró cuando él y Leví atacaron a los varones de los heveos, por el pecado que Siquem cometió con Dina, hermana de ellos (Gn. 34). Es posible que su pecado le causó tener que experimentar esa consecuencia por su pecado. Pero también vemos la gracia de Dios, porque a pesar de que Simeón no tuvo heredad como las otras tribus, Jehová permitió que morasen dentro del territorio de los reyes. Las Escrituras muestran que Judá era la tribu de la cual saldrían todos los reyes; específicamente de la familia de David.

La situación de la tribu de Simeón se asemeja a nuestra condición. Habíamos pecado contra Dios, pero él en su gracia permitió que pasásemos de la autoridad que tenían sobre nosotros las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor (Col. 1:13). Habiendo pertenecido al reino del diablo, ahora pertenecemos al reino de Dios. Su reino hoy es invisible, pero eso no quiere decir que no pertenecemos a él. Formamos parte del imperio del Rey de las edades, y un día

muy cercano, su reino sí será visible. Nosotros gobernaremos sobre esta tierra debajo de la administración perfecta del Rey de reyes y Soberano del universo. Somos como Simeón, hemos sido hechos habitantes de la tierra de la realeza.

Dan fue la séptima tribu en recibir su herencia por suerte. Consideraron que les hizo falta territorio, y por lo tanto, subieron y combatieron a Lesem, y la tomaron al herirla a espada. Tomaron posesión de ella y habitaron en ella; y llamaron a Lesem, Dan, del nombre de Dan su padre. Lesem o Dan se encontraba al norte en el territorio de Neftalí, cerca de Tiro. Se convertiría en lo que se consideraba el lugar más al norte de Israel, porque se habla en las Escrituras: “desde Dan hasta Beerseba” (Jue. 20:1; 1; Sam. 3:20; 2 Sam. 3:10). Fue una de las ciudades donde Jeroboam levantó un becerro de oro (1 Re. 12:29, 30). La tribu al migrar de su territorio dado por Dios, fue la única en hacer esto. En Jueces 1 y 18 aprendemos la razón por la que lo hicieron. Todo esto contribuyó a que dejaran a Dios por causa de la idolatría.

Esta tribu puede recordarnos a nosotros cuando no sentimos satisfacción en nuestro Amado. Descuidamos nuestra comunión con quien es el hermoso manzano entre los árboles silvestres; su fruto deja de tener la dulzura que un día tuvo en nuestras bocas; y pensamos que la sombra que él nos da podemos encontrarla en otro lugar. No nos dejemos engañar, sino recordemos siempre que solo Cristo puede satisfacer nuestras almas. Él lo llena todo en todo (Ef. 1:23).

Después de que terminaron de repartir la tierra en heredad por sus territorios, dieron los hijos de Israel heredad a Josué en medio de ellos. Los dos espías, Caleb y Josué, que fueron fieles a Dios, recibieron su propia heredad. Caleb en Judá y Josué en Efraín. La humildad de Jesús podemos verla en la

humildad de Josué al ser el último en recibir su porción. De acuerdo a la palabra de Dios, le dieron la ciudad que él pidió, Timnat-sera, en el monte de Efraín; y él reedificó la ciudad y habitó en ella. Allí él sería sepultado.

Josué recibiendo su heredad como recompensa por todo lo que hizo para Dios, es una sombra de nuestro Señor Jesús siendo grandemente bendecido por todo lo que alcanzó al morir sobre el madero. Jehová le ha prometido a su Hijo lo que encontramos en Isaías 53:10, 12 donde el profeta escribió: “Verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada... Yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte”. Su inmensa obra vicaria, le hace merecedor de todo privilegio y toda bendición.

El Señor de infinita gloria merece que le alabamos. Él exige que lo hagamos. Su persona y su obra le hacen acreedor de toda gloria y honra. Dios nos ayude a adorarle el día de mañana.

# EL REFUGIO SIN REFUGIO

## *Josué 20*

Israel ya había recibido instrucciones sobre las ciudades de refugio que debían de designar (Nm. 35). A estas ciudades podían llegar aquellos que mataban a alguien sin intención para poder refugiarse. En Josué 20 vemos que estas ciudades fueron asignadas después de que cada una de las tribus recibieron su tierras.

Al considerar estas ciudades de refugio, no hay duda de que hermosamente representan a nuestro Amado Señor, nuestro refugio. Lo encontramos especialmente presentado de esta manera en los Salmos. ¿Cuántas veces nos han sido de profundo alivio en los momentos más difíciles de nuestra vida? Somos tan privilegiados de poder refugiarnos en el Todopoderoso, en el que sustenta el universo. Los hijos de Coré nos animan a cantar: “Dios es nuestro refugio y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones (Sal. 46:1). David quería que miráramos al Señor como nuestro “alto refugio” (Sal. 18:2). Cuando las tormentas de la vida se desatan, podemos encontrar descanso y seguridad en Cristo nuestro refugio.

Nuestro Salvador habló sobre el deseo que él tenía en ser el refugio a los habitantes de Israel. Él mismo, siendo el soberano Dios, se comparó con una gallina que busca darle refugio a sus polluelos. Con dolor y con angustia, sintiendo

el rechazo de la niña de sus ojos, les dijo: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!” (Lc. 13:34). Ellos no quisieron refugiarse en él para no sufrir las llamas del fuego eterno. Prefirieron poner al refugio de los hombres sobre una cruz.

Nosotros que sí le hemos aceptado como nuestro refugio para no sufrir en las llamas del infierno y para no sufrir solos las angustias que vienen a nuestras vidas; nos gozamos en todo lo que él ha hecho en nuestras vidas. Pero también nos conmovemos al meditar en lo que él tuvo que padecer para ser nuestra ciudad de refugio. Él fue a ese madero, y en ese lugar de ignominia, soledad y sufrimiento; nuestro refugio fue expuesto a la furia y al castigo de Dios.

Cuando cayeron sobre él las aguas de la ira de Dios, el refugio no tuvo refugio. El que es nuestro refugio cuando nos azotan las olas y el viento de las pruebas; él no tuvo refugio. Solo y abandonado tuvo que soportar las olas y las ondas (Sal. 42:7) que descendieron sobre él una y otra vez. Sin nadie que le consolase (Sal. 69:20), sin que su Dios le refugiase porque lo había desamparado, él tuvo que soportar las aguas torrenciales de la justicia divina que atormentaron gravemente su alma (Sal. 69:1, 2).

Aprovechemos el refugio que tenemos en Cristo. Adoremos al que es la roca de nuestro refugio. Pero nunca se nos olvide lo que él tuvo que experimentar y padecer en nuestro lugar. Mañana será el día del Señor, si él aún no ha venido; adoremos de todo corazón al que es nuestro bendito refugio.

Al pensar en las ciudades de refugio en Israel, nunca se nos olvide lo que el Señor es para nosotros.

# DIOS DELEITÁNDOSE EN SU PORCIÓN

## *Josué 21*

Los levitas tenían una función muy importante dentro del pueblo de Israel. Ellos estaban a cargo del servicio del tabernáculo. Asistían a los sacerdotes en las actividades pertinentes a la adoración de Dios en su morada. También les correspondía transportar los muebles, las cubiertas, las cortinas y toda la estructura del tabernáculo. Eran los guardias del tabernáculo.

Los jefes de los padres de los levitas fueron con Eleazar, el sumo sacerdote, a Josué y a los cabezas de los padres de las tribus de Israel. El objetivo que tenían era pedir las ciudades que Dios les había prometido para que las habitaran y para que pudieran criar sus ganados.

Los hijos de Israel dieron de su propia herencia para que los levitas tuviesen estas ciudades con sus ejidos. En este capítulo de Josué, se detalla cómo fue que cada una de las tribus le donaron a los levitas cuarenta y ocho ciudades con sus ejidos.

Dios ya le había dado su heredad a cada una de las tribus y ya había pedido que se señalaran las ciudades de refugio. Ahora tocaba algo que sería muy especial para Dios al recibir los levitas sus ciudades. Era especial porque los levitas eran

su porción. Él había dicho: “Yo he tomado a los levitas de entre los hijos de Israel en lugar de todos los primogénitos, los primeros nacidos entre los hijos de Israel; serán, pues, míos los levitas.” Los levitas eran para Dios en lugar de los primogénitos de Israel.

No hay duda que fue especial para Dios repartirle a cada tribu su heredad porque era el cumplimiento de su promesa a su pueblo, pero al final de cuentas, esa tierra sería para ellos. Los levitas recibiendo estas cuarenta y ocho ciudades tendría un significado invaluable para Dios, porque ahora le correspondía a Él recibir Su porción al recibir los levitas su heredad. Este es el clímax del libro de Josué. Dios había llevado a cabo una asombrosa conquista en Canaán para que Israel por fin tuviese su territorio y para que los levitas; aquellos que eran suyos, aquellos que eran su porción, tuviesen sus moradas para poder servirle y agradarle.

A lo largo de nuestro estudio de Josué, hemos considerado una y otra vez, cómo nosotros debemos disfrutar la herencia espiritual que tenemos por medio de Cristo Jesús. Pero ahora, al considerar a los levitas recibiendo estas ciudades, podemos ver a Dios disfrutando su porción. ¿Cuál es la porción del Dios Altísimo? Si vamos a Efesios 1:17, 18 podemos encontrar la respuesta. El Espíritu ahí nos dice: “Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos”. Esto quiere decir que no solamente los levitas fueron la porción de Dios, ¡pero nosotros también lo somos!

¿Entendemos lo que implica que tú y yo somos la herencia del gran y supremo Dios? ¿Cómo lograr a entender que las riquezas de la gloria se relacionan con nosotros siendo la porción del infinito y trascendente Dios? ¡Esto sobrepasa nuestro entendimiento! ¡Esto nos postra delante de nuestro Padre para adorarle! Es maravilloso que Dios sea nuestra porción; y es extraordinario que nosotros seamos su porción.

La única razón por la que Dios puede ser nuestra porción y nosotros la porción de Él, es por su gracia y por lo realizado por Jesús en la cruz. El Salvador pagó el precio con su propia sangre para que nosotros fuésemos hechos posesión de Dios. Podemos meditar en esto mañana al beber de la copa. Dios nos disfruta como porción suya, no porque vea algún valor al que nosotros contribuyamos, sino que el valor que ve en nosotros es porque nos ve por medio de su Hijo Jesucristo.

Bendecimos al Dios que se complace en deleitarse en nosotros.

# UNIDOS EN EL VÍNCULO DE LA PAZ

## *Josué 22*

Josué le indicó a las tribus de Rubén, Gad y a la media tribu de Manasés, que era el tiempo indicado para que fueran a tomar posesión de sus tierras. Recuerda que ellos habían decidido morar al otro lado del río Jordán, pero que Dios les había ordenado que aún así debían ayudar a sus compatriotas a tomar posesión de su tierra antes de heredar lo que Moisés les había entregado.

Habiendo cumplido con la encomienda, Josué les ordenó que regresaran a sus tierra, que cumplieran la ley de Dios y que amaran a Dios de todo corazón. Se les indicó también que volvieran a sus tiendas con mucha riqueza, porque tenían derecho a compartir del botín que adquirió la nación por medio de la conquista.

Aunque Dios permitió que esas dos tribus y media moraran en esa región, esa no era su voluntad. No todo lo que Dios permite es porque Él así lo desee. Estas dos tribus y media nos recuerdan a aquellos en el cuerpo de Cristo que están dispuestos a pelear por algo que nunca disfrutarán. Rubén, Gad y la media tribu de Manasés se esforzaron y pusieron en riesgo sus vidas por conquistar tierras que ellos jamás poseerían. La batalla del cristiano es lograr, con la ayuda de Dios, conquistar todas las bendiciones que tenemos en Cristo

Jesús y disfrutarlas para la gloria de Dios.

Los escritos de Pablo, nos ayudan a dimensionar todo lo que tenemos en Cristo y todo lo que compartimos con él como coherederos. Pero la idea que siempre puntualiza el Espíritu, es que disfrutemos todo lo que el Señor ha conquistado a nuestro favor por medio de su muerte y resurrección. ¿Qué caso tiene luchar por algo que después no disfrutamos? Todos los días deberíamos evaluar todo lo que significa para nosotros estar en Cristo, algo que constantemente nos señala el Nuevo Testamento. Debemos conquistar más y más al ir adquiriendo más y más conocimiento de la inmensa salvación que tenemos en Cristo Jesús, pero también debemos deleitarnos y complacernos más en todo lo que tenemos en Él.

La decisión de esas dos tribus y media, también hace pensar en que siempre hay aquellos que quieren disfrutar de las bendiciones que tenemos por el bendito Hijo de Dios a su manera. Las bendiciones de Dios, se conquistan y se disfrutan a Su manera, no a la nuestra. La decisión de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés traería divisiones innecesarias dentro del pueblo de Dios. Esto es lo mismo que puede ocurrir- y tristemente- ocurre entre nosotros.

Esto lo vemos cuando esas dos tribus y media fueron a su tierra, y lo primero que hicieron fue edificar un altar. Era un altar llamativo porque era grande, pero estaba en el lugar equivocado. Es entendible la manera en la que reaccionó el resto de la congregación. Estaban indignados por lo que habían hecho al edificar un nuevo altar. Al final, todo se resolvió, pero no dejó de haber sido algo que puso en peligro la unidad de Israel.

¿Cuántos hermanos se reunirán mañana para hacer memoria del Señor Jesús y lo harán disgustados los unos con los otros? ¿En cuántas ciudades se congregarán dos o más iglesias que no tienen comunión entre sí porque hubo alguna discordia tiempo atrás?

Esto no debe ser. El altar no debe ser un punto que nos divida sino algo que nos una. El altar representa a Cristo y sus dolores sobre la cruz. Jesús es la base principal de nuestra comunión.

En vez de participar en divisiones que se suscitan en nuestra carne perversa y en el diablo destructor, deberíamos hacer todo lo que está a nuestro alcance para ser “solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4:3). Si hemos creído en Cristo, estamos en Cristo; si estamos en Cristo, debemos estar unidos con todos los demás que forman parte de su precioso cuerpo.

# SABE HABLAR PALABRAS AL CANSADO

*Josué 23, 24*

Llegamos al final del libro de Josué y al final de la vida de Josué. Con la ayuda de nuestro Consolador hemos navegado este libro cada último día de la semana, tratando de descubrir qué es lo que nos enseña sobre nuestro precioso Salvador. Por última vez consideraremos cómo es que Josué, un verdadero varón de Dios, es un hermoso tipo de Cristo Jesús.

En estos últimos dos capítulos, Josué habla con Israel antes de que Dios recoja su espíritu al terminar su sobresaliente servicio a Él sobre esta tierra. Ya estaba viejo y avanzado de días. Su deseo era instruir y exhortar al pueblo del Señor antes de partir para la ciudad celestial.

Josué les recordó que Yahweh era el que había peleado por ellos para que pudieran conquistar la tierra que fluía con leche y miel. Les habló sobre cómo la tierra había sido repartida como heredad a cada una de las tribus. Josué les suplicó que se esforzaran a guardar el libro de la ley de Moisés, así como se le animó hacer a él en el primer capítulo de este libro. Les prometió que Dios les ayudaría a derrotar a todos sus enemigos para poder habitar la tierra que habían recibido. Les imploró a que no se mezclaran con ellos para que así no fuesen inducidos a también pecar contra el Dios

que los había redimido de Egipto. Josué consoló sus corazones al recordarles que Dios no había fallado en ninguna de las promesas, a pesar de que habían sufrido en el desierto por tanto tiempo. También les advirtió solemnemente que sufrirían grandemente si traspasaban el pacto de Yahweh.

En su segundo discurso antes de morir, Josué hizo un detallado recuento de la historia de Israel, desde el llamado de Abraham hasta que habían entrado a Canaán. En base a todo eso, Josué les pidió que temieran a Yahweh y que le sirvieran con integridad y con sinceridad. Les dio a escoger entre servir al Dios del cielo y de la tierra o a los dioses falsos de los cananeos. Les hizo claro que si iban a escoger servir a Yahweh, lo tendrían que hacer en santidad, porque Él es santo.

Israel decidió que servirían a Dios. Josué entonces hizo pacto con el pueblo y escribió todas estas palabras en el libro de la ley de Dios. Tomó una gran piedra y la levantó debajo de una encina que estaba al lado del tabernáculo. Esa piedra serviría de señal para recordarle siempre a los israelitas sobre la decisión que habían tomado de servir a Dios.

Después de esto, a la edad de ciento diez años, Josué murió y fue sepultado en su heredad en Timnat-sera, en el monte de Efraín.

Es aún más conmovedor examinar las últimas palabras de nuestro Señor Jesús a los suyos antes de morir. Así como Josué quiso hablar a los israelitas antes de su muerte; lo mismo hizo nuestro Salvador al reunirse con Sus discípulos en el aposento alto. Esta es otra manera en la que

encontramos una semejanza entre Josué y Jesús.

El Señor también sintió la necesidad de comunicarle a los Suyos algunas cosas antes de ir a la cruz del Gólgota. En los capítulos 13-17 del evangelio de Juan, leemos lo que el Señor les dijo. Al lavarles sus pies, les enseñó sobre la pureza que debía tener para servir a Su Padre. Una vez más les aseveró que sufriría sobre un madero. De una forma muy preciosa, les hizo saber que Él sería glorificado y que Su Padre se glorificaría en Él. Jesús les pidió que se amaran los unos a los otros. Consoló los corazones de sus apóstoles al describirles cómo se iría al cielo para prepararles moradas y que Él regresaría para que todos pudiésemos morar ahí. Les anticipó la venida del Espíritu Santo y cómo Él les guiaría a toda la verdad. No quedarían solos con su éxodo de este mundo. El Señor les dijo que debían producir fruto y les animó a acordarse de Él cuando sufrieran persecución. Él quería que estuviesen también convencidos de que su tristeza sería transformada en alegría. Por último, les externó el deseo que tenía de que se mantuvieran unidos.

Josué y Jesús instruyeron antes de morir; y en términos generales, se asemejan en lo que dijeron sobre la necesidad que tenían todos de servir fervientemente a Dios. Damos gracias a Dios por las palabras de Josué y por su vida vivida para la gloria de Dios. Hasta el día de su muerte quiso consolar, edificar y animar a Israel. Por más que Josué sea un ejemplo admirable, no puede compararse con el exaltado Hijo de Dios. Nos admiramos de su cuidado por los Suyos la noche antes de sus terribles sufrimientos. Nos maravillamos por lo que le dijo a sus siervos. Pero también disfrutamos su forma de hablar, su tono de voz, la dulzura de sus palabras, lo refrescante que eran.

Como la mujer sulamita dijo de su amado, nosotros decimos de nuestro Amado, “sus labios, como lirios que destilan mirra fragante” (Can. 5:13). Tomamos las palabras del poeta y las usamos para describir a nuestro bendito Señor, al decir de Él, “eres el más hermoso de los hijos de los hombres; la gracia se derramó en tus labios; por tanto, Dios te ha bendecido para siempre” (Sal. 45:2). En su comunión íntima con Su Padre, de acuerdo a Isaías 50, el Hijo de Dios tuvo “lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado”. Damos gracias a Dios por el que sabe hablar palabras al cansado.

Cuando oímos lo que le dijo a sus apóstoles a unas horas antes de la cruz, cuando oímos que nos habla a nosotros a través de Su Palabra, decimos como los alguaciles, “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Jn. 7:46). Un día oiremos su voz por primera vez, la escucharemos por siglos mil; y le adoraremos por la autoridad y la belleza de Su Palabra.

Damos gracias a Dios por todas las maneras en las que el carácter y la vida de Josué nos lleva a meditar en nuestro Señor y Salvador.

Dios nos ayude a seguir viendo a Cristo en Su Palabra para que podamos adorarle cada primer día de la semana en la cena del Señor, y todos los días de nuestra vida dondequiera que estemos.